

Leopoldo Lugones

CUENTOS FATALES



BIBLIOTECA DIGITAL MINERD-DOMINICANA LEE

Agueda

A Arturo Cancela

Al finalizar el siglo XVIII, fue terror de la Sierra Grande que dominaba desde su misteriosa guarida del Champaquí, el bandido cordobés Nazario Lucero.

El cerro famoso, con su laguna que "brama" cuando lo pisa el forastero, sus nieblas de extravío, que "salen" justamente de la cumbre como espectros allí agazapados para inducir al caminante por el despeñadero fatal, y su permanente estado de repulsión eléctrica, que engendra el granizo sin nubes y ahuyenta a los cóndores, hallábase entonces cubierto hasta su mitad por tupida selva donde no lograba penetrar el mismo viento: tanta era, decían, la trabazón de la arboleda.

No podía haber elegido el bandolero mejor fortaleza natural, y la leyenda habíase encargado de aislarla más, con el terror del sortilegio.

Conforme a ella, el siniestro morador debía poseer las palabras que amansan al cerro, y que probablemente le había enseñado aquella vieja Donata de la vecina población puntana de Merlo, en cuyo rancho, según creencia general, pernoctaba a veces; pues sospechábanla bruja, a causa de sus conocimientos en hierbas y de sus ausencias inexplicables que un arriero aclaró sin querer, hallándola a gran distancia en cierta choza mal afamada del pago de Sabira, allá por la sierra cordobesa del Norte; y como según las fechas de la noticia, no puso ella más que una noche en volver, haciendo más de cien leguas, juzgáronla bruja voladora, de esas que transformadas en cuervos nocturnos suelen pasar por la obscuridad, aflautando con lúgubre confusión su charla sardónica.

Poco a poco fue embrollándose también el tipo que atribuían al salteador.

Unos dábanlo por rubio y casi endeble, asegurando haberlo conocido antes que se entregase a la vida bandolera. Otros pintábanlo ya maduro, moreno, picado de peste. Otros, todavía mulato, recio, mal engestado, presumido de cantor. Hasta mencionaban señas particulares: zarco de un ojo, cortado en el carrillo izquierdo...

Lo cierto es que nadie conocía en los pagos su verdadera filiación, salvo los jueces y alcaldes comarcanos a quienes habíalo comunicado bajo reserva la autoridad superior; pues, por simpatía o por miedo, los vecindarios solían ayudar a los delincuentes de esa calaña.

Uno que otro comerciante, enterado a su vez, avisaba siempre demasiado tarde la llegada del gaucho a su pulpería; no sólo porque éste presentábase siempre de sorpresa, sino al frente de la gavilla que se dispersaba al partir, dejando, probablemente, espías en el contorno. Los más preferían, en consecuencia, entregar las provisiones o el dinero que se les demandaba, y callar, aunque el bandido nunca imponía la promesa del silencio. En cambio, era durísimo su rigor con los delatores; y más de un cadáver colgado en las encrucijadas había acabado por infundir a todos el respeto de su venganza infalible. Degollados por un corte peculiar, que se llevaba la habladora lengua, aquel tajo era su marca: la marca de flauta, como decían, aludiendo simultáneamente a la muesca gargantil del pífano rústico, y al "canto" de la denuncia.

Sólo por esto, y en pelea, mataba, y jamás había ofendido a criaturas ni a mujeres. Más de una vez, al contrario, hizo justicia por cuenta de desvalidos que nunca llegaron a ver la mano tremenda. Robaba siempre en grande, es decir, a los ricos, lo cual atraíale secreta popularidad que fomentaba tal cual rasgo caballeresco en sus aventuras de pillaje o

de sangre.

La última que se contaba era característica.

Resuelto el saqueo de una estancia perteneciente nada menos que a la suegra del juez de alzada local, llega con su gavilla en el momento de un baile de cumpleaños; y por no molestar a las muchachas que se divertían, permanece gran parte de la noche tendido a poca distancia, con el montado de la rienda, casi sobre el patio delantero, hasta el fin de la diversión. Sólo cuando los concurrentes se han retirado en seguridad, rodea la casa y hunde las puertas a encuentro de caballo.

Quince días después, atreviase a presentarse en la propia casa de aquel funcionario, con motivo de otra reunión del mismo género, aunque en son de paz y dándose por comprador de ganados que recorría la comarca con sus peones: cinco paisanos de buen porte, quienes desensillaron lejos, por no estorbar, dada la gran concurrencia.

El baile, diurno esta vez, como que iniciaba las fiestas de carnaval, hallábase en lo mejor, al sobrevenir de las quebradas olorosas que iban llenándose de serenidad azul, la frescura de la tarde.

Nadie sospechó la audacia, como no fuese acaso, el juez, quien, entonces disimularía sintiéndose dominado por los bandidos; pero, esto fue mera suposición de los comentarios posteriores al incidente, y vale más presumir a la autoridad tan engañada como los otros, dado que ni conocía al gaucho personalmente, ni habríase acobardado, quizás, por carecer de fuerzas, sin intentar algo al menos con sus numerosos domésticos y convidados.

Lo cierto es que el desconocido agradó desde luego con su simpática desenvoltura.

Su pinta señoril no escapó a la primera ojeada de aquellos hidalgos montañeses, preocupados del linaje con absorbente prolijidad.

Esbelto hasta parecer más aventajado en su mediana estatura, fundida en bronce a rigor de sol la tez, su oscuro cabello, partido a la nazarena, suavizaba con noble mansedumbre la tersura de la frente. Pero, bajo las profundas cejas que hispía por medio permanente contracción, imprimiendo a su fisonomía la torva fiereza de un ceño de gavilán, sus ojos verdes clavaban con lóbrega intensidad un rayo de acero. En aquel engarce felino, las pupilas de negra luz parecían retroceder tras la emboscadura de la barba que caía en punta sobre el pujante pecho, acentuando una impresión casi fatal de audacia y dominio. Dijérase que una elástica prontitud estaba vibrando en sus muñecas delgadas. Su elegancia retenía, sin abandonarse jamás, un evasivo apronte de salto. Pero todo esto sin ansiedad ni felonía, antes con una poderosa confianza que parecía exhalar su pausado aliento. Su traje gaucho, completamente negro, acentuaba la prestigiosa impresión.

Y cuando salió a bailar con la hija del dueño de casa un gato de cumplimiento, disculpándose por no saber más danzas que las campesinas, y por no quitarse las espuelas, descortesía que sorprendió, aquel doble detalle gaucho tornólo más interesante, al contrastar con su pie de raza y con sus largas manos que granizaban la fuerza en castañetas inauditas. Nunca se vio cintura más fina bajo el tirador de ochenta patacones, ni gentileza igual en un arreo campestre.

Mas, para satisfacción del orgullo comarcano, su pareja era digna de él.

Andaba por esos pagos, quién sabe hasta dónde, la nombradía de muchacha tan hermosa.

Y a fe que la merecía, no obstante su orgullo, justificado por la décima cuyo final lloraba la desdicha de un poeta inconsolable:

Y hundido en mis desventuras,

he de mirarla más bella,
que es condición de la estrella
brillar desde las alturas.

Había que ver la líquida claridad de aquellos ojos garzos en aquella pensativa palidez de azucena. Y bajo los cabellos castaños que difluían un leve matiz de miel, la pureza angelical del rostro ligeramente entristecido de perfección, como todo lo que la belleza aísla al divinizarlo.

A la ondulación de la falda cándida, parecía deslizarse, que no andar, como flotada en un lejano resplandor. Profundizábase en su mirada el misterio del agua crepuscular; y sonreía en sus labios de alzada comisura juvenil, aquella ironía virginal que se endulza, como soñando, a la sombra de la pestaña.

Ternura no exenta de recóndita altivez que era el temple de la fibra castiza, visible, como el del acero, en el azul de la sangre hidalga.

Así su encanto adquiriría un predominio de excelsa flor, manifestando en su propia delicadeza aquella trágica vocación de las almas nobles, que parece erigir en su alabarda sangrienta la belleza casi cruel del lirio heráldico. Nada extraño, pues, que al pasarle la guitarra al forastero, éste le dedicara, visiblemente, las audaces décimas que el recuerdo ha conservado, y que sólo pudo disculpar el respeto de la poesía:

Si pude tomar por vida
lo que hasta hoy fue la cadena
con que el hastío y la pena
tuvieron mi alma rendida,
ventura desconocida
descubrí en mi propio ser,
desde que llegué a saber,
por tus hechizos cautivo,
que para quererte vivo,
porque vivir es querer.
Antes que dejar de verte
después que te vi, alma mía,
gustoso preferiría
las tinieblas de la muerte.
Nudo al lazo de mi suerte
quiso así el hado ceñir;
con que, si llego a partir,
ausente de ti me muero.
Ley de Nazario Lucero
te lo jura hasta morir.

Y ante el asombro casi hostil de la concurrencia, ahuyentó los recelos, comentando en tono jovial:

—Creía que anduviesen ya por estos pagos las décimas del bandido del Champaquí.

Poco rato después, la joven debía conocer el secreto de aquella dedicatoria con que el desconocido le acababa de cantar la vida y la muerte.

—¿Conoce usted a ese gaucho? —habíale preguntado con natural interés, en un aparte

que los obligó la abundancia de parejas.

–Bastante –dijo él con una sonrisa–, pero me interesa más hablar de otra cosa. Hace mal, Águeda –prosiguió, nombrándola con audacia–, en atender a ese muchacho que la corteja.

–¡Pero si es mi novio!... –respondió ella, extrañadamente distraída ante aquella familiaridad que cualquier otra vez habría recibido como un ultraje, y que no advirtió, en la preocupación de seguir con los ojos a las criadas ocupadas de encender los candelabros.

–¿Su novio? ¿Y dónde está ahora? –indagó el forastero, mientras observaba con veloz reojo la noche cerrada ya.

–En Córdoba. Fue por las dispensas, porque somos primos.

–Así me explico su indiferencia con usted la otra noche, en el baile de misia Marta. Bruscamente, había ella comprendido.

–¿De modo que usted?... –musitó, guardando, sin saber por qué, el secreto terrible. El gaucho, sin contestar, sentóla delicadamente, contando con lo que tardaría en reponerse de su impresión.

Ganó la puerta como una sombra, y deteniéndose allá, silbó tres veces, misteriosamente, a la noche.

Luego, tornando ante la joven, inclinóse con una sonrisa, para decirle en voz baja, pero imperiosa:

–¡Si se mueve o grita, los pierde a todos!

Pasó un minuto en la distracción de la danza y de las conversaciones más animadas que nunca...

Y de repente, mugió, afuera, anómalo torbellino. Brusca ráfaga embocóse por la puerta, apagando las bujías; cinco o seis trabucazos paralizaron toda acción entre el griterío; rodaron muebles, estallaron barrotes, la perrada cerró inútilmente contra el grupo de bandoleros que partía a toda la furia de los caballos –y cuando la joven volvió en sí, hallóse entre los brazos de un jinete desconocido, bajo el silencio y la sombra del monte, percibiendo el paso de varias cabalgaduras y oyendo sin distancia, en la soledad, el gemido de los pájaros nocturnos.

Comprendió que estaban lejos de todo poblado, y tras un estremecimiento de horror y desolación, la valiente sangre de la casta le subió al pecho en una inflamación de odio. Siniestro regocijo le agrandó el alma, al sentirse sin ningún miedo. Sabría morir ante la canalla. No le pasó, siquiera, por la mente, la idea de gritar o revolverse desesperada.

La gravedad del percance imponíasele con una sorda evidencia que templaba su voluntad en una especie de repliegue supremo.

Salían en eso a un descampado, y el grupo subdividióse en tres parejas, según las órdenes de un jinete inmediato que indicó lugares de nombre desconocido:

Las Estacas, El Despenao...

Entonces comprendió ella, por esa voz, que no iba en brazos del salteador, como creía.

Disimulada, agazapada mejor dicho en un repliegue del monte cubierto por molles centenarios, la guarida, aprovechando cuevas naturales, que habían ensanchado y techado con destreza, era invisible hasta muy corta distancia.

Sólo dos habitaciones, propiamente dicho, dos amplias chozas unidas, pero sin puerta medianil, y muy bajas de techumbre, contenían muebles: la primera, una cuja tapizada de damasco, dos sillones incrustados de nácar pero desaparejos, un espejo de buena luna y una cómoda con fina ropa de mujer. La otra una mesa, un escaño y un catre rústico;

y arrimada contra la pared del fondo, una batea de lavar.

No se encendía luego sino de noche, para disimular el humo, y en las hornallas de tierra para evitar reflejos. Los rodeos pacían en quebradas distantes, y sólo se carneaba allá, a fin de que los cóndores no remolinaran con vuelo indicador sobre la guarida.

Para tomarla completamente inexpugnable, el único camino de acceso era un arroyo correntoso cuyo cauce debía seguirse más de una legua, y que, al llegar, borbollaba en verdaderos rápidos: con todo lo cual no había rastreador que pudiera.

La pared de montaña, que daba fondo a cuevas y chozas, perforada en dos o tres puntos, permitía observar el valle del lado opuesto, como por las aspilleras de un bastión; y en todas las otras direcciones no había más que precipicios, negros de selva.

Arriba, como un ancho río azul, corría el cielo, mezclado con los nubarrones del Champaquí.

Un silencio abismal, uno de esos clarísimos silencios de montaña, en cuya cristalina sensibilidad canta la sangre al propio oído, perfeccionaba la soledad en una especie de pureza desolada.

El murmullo del arroyo fundíase en la serenidad hasta desaparecer, de tal suerte que se oía el más leve cuchicheo de pajonal.

No había un perro ni un ave doméstica; los gauchos, taciturnos, apenas hablaban, y sólo de cuando en cuando oíase ensordecido por la profundidad de las cuevas dispuestas como pesebres, algún relincho de caballo.

Por el silencio y la disposición era insospechable, pues, toda vivienda humana a media cuadra de la guarida.

Instalada en la habitación del espejo desde la noche fatal, había pasado Águeda su primera semana de cautiverio.

El horror de aquellos días transformábase en quietud siniestra.

Vencida por la intemperie, si fracasaron sus primeros propósitos de no descansar ni comer, el desdén de su alma ofendida sin remedio, no cedería jamás.

En vano fingía el miserable caballescú sumisión. Sus pocas palabras, quebradas de angustia con habilidad, su moderación suplicante, estrellábanse y estrellaríanse hasta el fin en su silencio de mármol.

La audacia del salteador iba a saber lo que era la dignidad, que aun indefensa había contenido ya su pasión infame.

Pero el tiempo corría, sin que modificara aquél su actitud, enteramente contraria a semejantes suposiciones. Desde el primer día, así que la joven, extraviada en la inanición, aceptó, más bien por instinto, un poco de alimento, habíase explicado con grave melancolía:

—La he traído acá porque sin usted no podía vivir. Quince días me pasé sin pegar los ojos de inquietud, desde que la vi, sintiendo en todo lo que probaba el ardor sediento del corazón que se me venía a la boca en tragos de sangre.

"No creo que este amor sea mi dicha, sino mi maldición de condenado. No quiero pintarle arrepentimiento ni pedirle compasión. Sé que no la merezco. Y lo que he hecho lo volvería a hacer para no matarme. Porque mientras usted viva, no quiero morir.

"Tampoco abrigo ninguna esperanza. Este amor es mi castigo... desde que allá la vi..."

Y con voz sorda, como hablándose desde una profundidad:

—¡Con razón me dijo mamá Donata que no fuera! Luego, volviendo a hablar con su cautiva:

–Desde que la vi allá, tendido en la sombra, resuelto a mi empresa de salteador, comprendí que estaba perdido.

"Y dondequiera que mirase, sus ojos me salían hasta de las piedras.

"A nosotros, en nuestra perra vida de criminales, las penas y los amores nos entran así, de golpe, como puñaladas.

"¡Eso había sido el amor, que pierde al hombre! "¡Qué poder el de la pasión!

"¡Tan linda usted! ¡Tan linda y tan pura!

"¿Y no ve que estoy temblando como si le tuviera miedo?

"¡Si yo quisiera no quererla!

"Pero, con cerrar los ojos, no voy a apagar la luz que llevo en el alma.

"Aunque usted, no lo va a creer ahora, nunca la tocaré. Nunca intentaré ganarme su afecto...

"Pero tampoco la entregaré jamás. Aborrézcame, que es bien justo. Yo soy su desgracia. Pero usted es mi dolor. Queriéndola como nadie la va a querer, ninguno hay ante usted más vil ni más culpable. Y éste es mi amargo destino. Comprendo que así destruyo su vida, tan digna de ser hermosa. Es que yo nací para el mal. No, no, nunca la entregaré. Usted me pertenece como si fuera yo la muerte."

Su negro traje, su abismada palidez, imprimíanle una grandeza fatídica.

La joven sintió pasar en aquellas palabras la inexorable perdición. Mas, con una especie de heroísmo desgarrador, advirtió también que el alma se le hundía sin temblar, entera, como una gota sorbida, en el mármol de su silencio.

Con frases en que parecía sollozar un ronco espasmo de aneurisma, el hombre continuó, inflexible, bajo esa lógica fatal del delirio lúcido:

–Mande aquí a todos, disponga de todo. Estos muebles que sólo con mucho riesgo he podido conseguir, no son robados. Tenga confianza. Nunca me habría atrevido a hacerle parte en mis saqueos.

"Yo no soy lo que usted cree: un gacho vil. Mi familia es de linaje. Pero el destino me perdió. No tuve suerte... " Contúvose de golpe, como aterrado.

Los nobles ojos de Águeda clavaban en él el desprecio de su limpieza.

¡Cómo! ¡Un hombre de su clase, con su honra y su sangre que cuidar, había podido volverse salteador de caminos! ¡Qué eran, entonces, sus disculpas, sino una vileza más despreciable todavía!

Sintió él pasar ese pensamiento en la instantánea flagelación de un relámpago. Y con mayor sumisión a la fatalidad que lo dominaba:

–No la tocaré nunca –insistió–. Por eso no la traje acá en mis brazos. Conozco las hierbas del amor y del sueño. Pero jamás se las daré. Puede estar segura. Descanse ahora un poco. Recuéstese. Podría enfermarse. Salió de repente, como arrancándose a su dolorosa fascinación.

Una lívida tarde aterriase ya en la brusca frialdad del páramo.

Y la soledad, el contacto de la helada sombra, angustiaron a la cautiva con súbita evidencia: iba a postrarla, sin duda, la acción narcótica del aire montañés, cuya sutilidad sofocábala con vago mareo.

Entonces decidió pasar sentada la noche, sin desvestirse, arropándose con las colchas, en un acurrucamiento de hostilidad y de alarma.

Mas, algunas horas después tras un sueño que fue más bien vértigo doloroso en el extravío de una pesadilla desmesurada, pasó por sus carnes el horror de la agonía.

Punzábala de sien a sien un dolor turgente de martillazo. El corazón llenábale pecho

y garganta con desordenado aleteo, y el alma se le iba, como socavándola en dispersa liviandad de humo. La penetración del frío hacía de todo su cuerpo un solo dolor. Sentíalo ya hasta dentro de la boca, como un glóbulo de granizo. Y los dientes castañeteáronle de tal modo, que el gaucho, oyéndolo, volvió a entrar, con un viejo candelabro de cuatro luces en la mano.

Minutos después, reanimada por una tisana aromática que otro de los hombres sirvióle con mudo respeto, consentía en recostarse cuando quedara sola, bajo una seguridad cuya certidumbre empezó a sentir.

—Dejaré la luz —había dicho el bandolero asentando el candelabro sobre la cómoda—. Mañana se pondrá una tranca a la puerta. Nadie entrará esta noche sin su permiso.

—Está bien —respondió ella con voz seca—. Pero si alguien llega a entrar sepan que me arrancaré los ojos.

—Nadie entrará —reafirmó el bandido, estremeciéndose ante la tremenda evidencia de aquella decisión.

Y clavando, al salir, su daga en el umbral:

—¡Ni el mismo diablo! —añadió sordamente.

Así aseguraba su promesa ante la joven el puñal que no habría deshonrado ni el más infame salteador, y atajaba a Satanás la cruz de la empuñadura.

Transcurrieron días, semanas, meses, en la misma monótona y sombría tristeza.

La alcoba de la prisionera fue amoblándose más y mejor, la satisfacción de sus necesidades perfeccionándose con secreto automatismo, hasta que se halló, como dicen, servida al pensamiento, aun cuando casi no veía las manos diligentes.

Pero, ceñida a lo estrictamente indispensable para el recato y el aseo, allá iban percutiéndose con el desuso la ropa de encaje, y cubriéndose de polvo, amontonadas en un rincón, las alhajas y prendas de lujo que el gaucho de tiempo en tiempo le ofrecía.

Separada del mundo entre aquellos hombres siempre callados, bajo la vigilancia del trágico amante, más sumiso y torvo cada vez, consolábase rezando largas horas, como por una muerta. Que por muerta, o, peor aun, por deshonrada, la darían en los pagos familiares y en la vieja estancia de los días felices.

El gaucho cumplía su promesa.

No intentaba sin su permiso el más mínimo acercamiento, ni pronunciaba una palabra de amor, limitándose a mirarla inmensamente con ojos resecos que atenebraba la pasión, quemada la boca por el hondo anhelar, desolada la frente, devastado el gesto que de pronto encendían con febricitante resplandor, internos relámpagos.

Pero nada podía con su helado desdén. Nunca mellarían aquella piedra de su voluntad la compasión ni la esperanza. Y esta certidumbre exaltábala a una luminosa impasibilidad de martirio. Su silencio era absoluto como la eternidad. Dijérase que el frío de la noche de horror había congelado su corazón para siempre.

Una siniestra conformidad acabó por extinguir en ella hasta el deseo de muerte de los primeros días. Sólo allá, muy adentro, tras los bruscos arranques de impotente frenesí que de tiempo en tiempo sacudían su entraña, mordía acérrimo el odio.

Entonces refugiábase más sombría en su voluntad, más dura, más helada, hasta adquirir paulatinamente una impasibilidad que no se hubiera conmovido de oír derrumbarse el mismo cielo a sus espaldas.

Ciertas noches de insomnio y de frío, escuchaba en la habitación contigua la conversación parsimoniosa de los gauchos que se refugiaban, corridos por la intemperie, a comentar sus aventuras: indicación de que el jefe andaba de expedición con los otros.

Nadie, estando él, entraba allá por la noche; y para evitar, sin duda, la sorpresa de aquella transgresión, nadie quedábase a dormir allá tampoco.

El rancho, con todo, nada extraño contenía, fuera de la mesa, el escaño, el catre, la batea y un desusado candil en el hueco de la aspillera.

Por allí debía verse alguna estrella a cierta hora de la noche, pues varias veces la reunión concluyó tras esta advertencia:

–Muchachos, ya está la estrella en la ventana.

Refunfuñando su frío, todos apresurábanse, sin embargo, a partir.

Desde su siempre atrancada habitación, la joven recogía con doloroso interés exclamaciones y retazos de frase. Así habíase enterado de famosos crímenes, de misteriosos auxilios que no llegaba a comprender, parecidos a hechicerías; de su propio rapto y de la persecución a muerte emprendida contra el salteador por los suyos; y hasta de que ya andaban de pago en pago las décimas fatídicas que el Lucero había prohibido cantar con su nombre, como celoso del recuerdo de amor, substituyendo el verso por este otro: "ley de amante verdadero", que ellos respetaban también.

Tras la cortina de bosque y piedra que parecía enterrarla en la soledad, rondaba, pues, la quizá inminente venganza.

Imaginaba ver en la empresa al duro padre, de voluntad cerrada como un muro: al hermano, jovencito, pero ya temerario; al primo y novio, no muy querido en verdad, pero que sin duda le destinaban bien para esposo.

Un deslumbramiento de esperanza acabó por embargar su espíritu. Cierta sospecha, vaga pero incisiva, revelábale algo así como un comienzo de abandono en la disciplina de los bandoleros, a quienes debía parecer indigna debilidad la pasión del jefe.

Hasta que una vez, luego de calcularlo mucho en sus largas contemplaciones del valle por las troneras de espiar, única distracción de sus tristes días, decidió intentar la evasión. Seguros de su pasividad, inalterada durante un año, los hombres de guardia habíanse rendido al frescor de una hermosa noche.

Atajando por los rápidos, y decidida a matarse si debía ocurrir, descolgóse con ese instinto montañés, rayano en inspiración, por el espantoso despeñadero. Las tinieblas evitábanle el vértigo y el horror que a la luz del sol no habría podido resistir, y la falta de perros le era también favorable. Sólo al empezar el descenso, habíala alarmado el sonoro remonte de una grande ave nocturna.

La densidad del arbolado era, en suma, su mejor protección contra la caída, inevitable de otro modo. Pero nada más espantoso también que aquella maraña crispada en monstruosa torcedura de hostilidad al trasluz de las estrellas. Nada más tremendo que todo ese lúgubre ramaje donde parecían colgar harapos de silencio y de sombra, y todo ese pavor de inmensidad estrellada, sobre el mísero ser, tiritante en pleno abismo.

Bamboleada ante hoyos de noche cuya profundidad sentía en el retumbo de los desprendidos guijarros; casi colgada de ramas que asía al tanteo; crispado a cada instante el pie sobre el riesgo mortal de tajantes deslizaduras; arañada por espinales que le arrancaban al pasar jirones y cabellos; desamparada hasta la demencia en la angustiosa inmensidad, llegó por fin al fondo del precipicio, entre peñas imponentes, donde le advirtió un remanso el reflejo de las estrellas.

Un pedrusco saltó bajo su mano, al azar del roce, dio sobre el agua, revelando la hondura con sumido hipo musical.

Y entre las rocas que parecían escollos de la tiniebla enorme, astillaron el sombrío cristal dos o tres puntazos de estrella.

Entonces, bajo esa difusa claridad, uno de los bultos se movió, adquiriendo la forma de un jinete. Y al brutal repelón del miedo, la conocida voz grave y triste del salteador dijo tranquilizando:

–No se asuste, por Dios. Soy yo. No se mueva, que arriesga ahogarse.

Dulcemente, para no aterrorizarla más, sin una palabra de reproche que habría sido indigna de tan asombrosa arriesgada, el hombre desmontó al punto, alzóla como una pluma a los lomos de su caballo, envolvió con mimo en su manta los pobres lastimados pies, ya descalzos al rigor de la aspereza, y echó a andar, llevando al animal de la brida, por el fondo del valle.

Como la primera noche, gemían en la sombra los pájaros de la soledad.

Y la joven rompió a llorar en silencio su frustrada ilusión, con amarga pena.

¡Por qué le faltaron fuerzas para tirarse al agua y concluir, en vez de obedecer a la voz maldita!

Tres días postróla en cama el envaramiento. Tres días malos, en los que el cerro, enojado tal vez por la evasión, estuvo lapidando rebramante granizo.

Al caer la tercera tarde, bajo la recobrada temperie que parecía mullirse de golpe en una eterna serenidad, el gaucho había entrado a la alcoba, lo que hacía rara vez, con el candelabro encendido ya, por lo cercano de la noche.

Y con su tono de sombría delicadeza:

–No busque fugarse, hábiale dicho. Aunque mis compañeros se duerman, hay gente en el aire que me lo sabrá advertir.

¡Gente en el aire! ¿Qué nuevo enigma atroz escondían esas palabras?

¿O no eran más que un subterfugio, para impresionarla tal vez?...

Con esa penetración que sólo da el amor desdichado, el bandido discernió.

Y poniéndose en el vano, ya casi obscuro de la puerta, silbó como aquella vez.

–Va a venir el viento –dijo–. No tenga miedo.

La calma era perfecta. El silencio clarísimo.

Pero, casi al punto, palpité un susurro en la línea más cercana de la arboleda.

El aire hinchóse con tibio soplo, arrastróse bajito con la fatiga de alas de una garza crepuscular, penetró a la habitación abanicando calladamente, apagó las luces con suavidad, como una mano...

Casi instantáneamente, a la voz del gaucho:

–¡Otro candil! –un hombre apareció trayéndolo.

La joven, muy pálida, pero siempre valerosa, había defendido de la diabólica presencia con un gran signo de cruz.

Y él limitóse a afirmar con voz más sorda que de costumbre:

–¡Ahí verá. Puedo y no quiero!

Mas ella, al quedarse sola, recordó. Con razón, entonces, uno de los gauchos, durante cierta noche de aquellas en que, ausente el salteador, comentaban los restantes sus aventuras, había dicho riendo:

–Parece que para curarse el mal de amor ha hecho trato con el mandinga.

La calma de una larga ausencia, que el buen tiempo acentuó con fijeza no menos prolongada, mantuvo invisible al gaucho. Anómalo suceso que indicaba la importancia de su correría.

O era, quizá, que despistaba a sus perseguidores, haciéndose ver en algún pago lejano.

Una madrugada, por fin, sintióse en la guarida desusado movimiento. Hasta pareció

oírse, entrecortada, una agria voz de mujer. La joven recibió del gaucho que la servía la orden de no salir; pero no tardó en comprender que el salteador volvía herido.

Sobrevino después larguísimo silencio: luego, presuroso ir y venir de varias personas: luego, el silencio otra vez.

Mas esa noche, en la conversación de los bandoleros, animada como nunca, supo la alentadora verdad.

El heridor era su propio hermano. Habíanse encontrado en una pulpería que Lucero y dos de sus hombres acababan de saquear.

Los otros eran seis; el hermano, el novio y cuatro vecinos que patrullaban con ellos.

El gaucho, al frente, certero como nunca, despachó dos, en un verdadero relampagueo de puñaladas.

Uno, el novio y primo, quedó arrastrándose por ahí, con las entrañas en la mano. El otro, a quien no conocían, cayó muerto al grito, ensartado por la garganta.

Otro sucumbió a manos de un bandolero; otro, herido, huyó, seguido por el que ileso quedaba, y sólo el muchacho, con ser tan joven, le hizo pie al mismo Lucero, sediento de venganza.

Al encontrarse en choque singular, el salteador había ordenado:

—¡Nadie lo toque, suceda lo que suceda!

Mas, a los primeros quites, advirtiéndose que el mozo no era de jugarreta ni desarme.

El duelo entablábase a muerte, y aquel atacaba con tal pasión, que Lucero apreció al punto el dilema.

Y entre huir por primera vez, manchando su fama, o matar a su adversario sin remedio posible, envainó resueltamente el puñal.

Pero el otro no supo o no quiso entender la desesperada nobleza de aquella actitud que se le entregaba, más que en el abandono del ademán, en la mirada de arrogante melancolía.

Y saltando sobre el bandido, le hundió dos veces el puñal hasta la guarda en el pecho.

Entonces los otros, aunque respetando la orden, interpusiéronse, daga en mano, entre el jefe, que permanecía indefenso y firme, pujándole en el doble borbollón de sangre el corazón tumultuoso, y el audaz vengador, que se retiraba tranquilo hacia su caballo.

Montado ya, volvióse todavía hacia el grupo; cruzó en silencio, con la del gaucho, su implacable mirada y, siempre desnudo el puñal, se perdió al tranco en el monte.

Hubo un silencio, como de quienes escuchan. Y la voz del narrador comentó sentenciosamente, a modo de epílogo:

—¡Bienhaya el modo de querer!

La joven oyó apenas aquella frase. Un ansia de sollozos, en la que se mezclaban confusamente el orgullo y el dolor, descuajóle las entrañas. Dolor del pobrecito muchacho, quizá, a esas horas, muerto por ella; y orgullo, a un tiempo enternecido y feroz, por la bravura de su sangre. No era ella sola, pues, quien se atrevía con el bandido.

Allá cerca agonizaba, castigado por el puñal del hermano que no la olvidó. Una solemnidad de expiación, de justicia capital, flotaba en la noche —la gloriosa siniestra noche de la muerte y de la venganza.

No la engañaba el oído cuando creyó percibir una voz femenina, la madrugada del regreso.

Algunos días después, entraba a la habitación una vieja de mísera catadura que, luego de saludarla con bondad, dijo, sentándose familiarmente:

—Va mejor el hombre. Suerte que fue corto el cuchillo. Me encargó que la saludara y que viera cómo está.

Calló un instante, y, suspirando:

—¡Lindo, no más, tiene que estar un ángel del cielo!... Repugnóle la alabanza como un insulto, y bruscamente volvió la espalda a la entrometida.

Cuando ésta salió, tras dos tentativas inútiles de entablar conversación, hízose cargo de las cosas.

Sería la médica de quien había oído hablar en las conversaciones del rancho contiguo: la bruja, a no dudarlo.

Nueva y más peligrosa inquietud, que venciendo su repugnancia del espionaje, inquebrantable hasta entonces, indújola a ensanchar con maña, durante la soledad de la siesta, cierto resquicio del tabique medianil.

Faltaba el catre ahora; y por la ventanita del fondo, entraba y salía con el viento, un vástago de escorzonera. En el aire, donde zumbaba un abejorro explorador, parecía flotar remota quietud de ruina. El viento había arrinconado entre el polvo un puñadito de plumas negras.

¿Por qué le dio todo aquello en el corazón, estremeciéndola como una advertencia?...

Dos días estuvo sin atreverse a mirar, dominada por esa extraña impresión.

A la tercera noche, muy tarde ya, parecióle oír ligero ruido. Una vislumbre entraba a la vez por el resquicio del tabique. Debía ocurrir algo singular, porque los hombres salieron de allá mucho antes.

Pudo, entonces, más su alarma que su miedo, y pegándose a la pared atisbó ansiosa.

La batea hallábase de plano en el centro de la habitación, con uno de sus cabezales hacia la ventana abierta. Al opuesto lado, el candil lanzaba desde el suelo, junto a la pared, vacilantes resplandores.

Entre él y el otro cabezal que rozaba con sus pantorrillas, la vieja, de espaldas a la batea, erguía su desnudez horrenda y verdosa.

Solamente los cabellos, de negrura extraña para su edad, flotábanle partidos sobre los hombros.

Cruzada de brazos, acababa, sin duda, un conjuro que en apagado gemido estremecía los labios.

Tremendo escalofrío la cimbró como un mimbre, sus ojos blanquearon en siniestro vértigo, y con clara estridencia lanzó al aire la fórmula de salir:

¡Sin Dios ni Santa Maria,
al pedregal de Sabira!

Soltóse, rígida, de espaldas sobre la batea, cayendo exactamente en la cuenca, con aplastamiento fofo; su cabeza dio de nuca en el borde, saltó, desprendiéndose, rebotó hasta la ventana, donde transformada ya en cuervo nocturno, violentó con seco aletazo el aire, apagando de retroceso el candil, y lanzándose a la obscuridad con lúgubre risotada.

En el vano tenebroso, quedaba brillando, grande y clara, una estrella...

Cuando Águeda volvió a encontrarse en su lecho, comprendió que estaba descubierta. Por primera vez desde que se hallaba en poder del salteador, sus fuerzas la habían traicionado.

Sacudíala con intermitencia de fiebre, un incontenible sordo lamento.

Volvía a ver, sin poder evitarlo, en la última llamarada de aquel candil, el cuerpo descabezado, lívido, las costillas resaltantes bajo el pellejo de rana; y el siniestro pájaro de

la obscuridad, con su aletazo y su grito. Acompañado por uno de los bandidos, Lucero contemplaba aquella desesperación con grave tristeza. Leve delgadez, indicaba apenas el peligro de muerte que acababa de correr.

–¡No quiero verla más, no quiero verla más! –gemía, incansable, el sordo lamento. Y el bandolero, de golpe, se decidió:

–Está bien –dijo–. No la verá más. Cállese ahora. La vieja se irá esta tarde.

Todavía duerme, porque ha de haber volado mucho. La mataría si la despertara. No volverá nunca; aunque esto sí, ahora, va a causar mi perdición. ¡Pero qué importa!

Águeda padeció, no obstante, su acceso hasta muy entrada la noche, cuando una de aquellas tisanas montañesas, que aceptó por fin, a medias enajenada, la hundió casi de golpe en negro sopor.

–La vieja se ha ido –anunciaba al siguiente día el salteador, entrando en la alcoba.

"No volverá nunca y yo me perderé. Pero así es justo, puesto que usted lo ha querido."

Y para cambiar de conversación, al ver extraviarse fugazmente los amados ojos, dijo con su modo peculiar, en frases como tajadas:

–¡Cuánto tiempo sin verla! Me hirió su hermano. Me pegó bien. Por suerte era corto el cuchillo. Pude matarlo. Jamás tocaré a uno de los suyos... Como no la toco a usted.

La voz enronqueciósele de pronto, con quebradura tan honda, que más parecía hablar por la puñalada reabierta:

–Fue mi destino. La mala estrella con que nací...

Sacudió con abandono fatal la cabeza agobiada de cabellos lóbregos:

–... Para perderme y perderla –añadió con voz más opaca–. Pero a esta pena la quiero como a mi mismo amor, porque al fin nos une.

Muda, helada, como siempre en el aislamiento de su dolor, angustiaba ella sin mirarlo, hasta quién sabe qué profundidad de ausencia, tan lejos que parecía írsele a la eternidad, la mirada de sus ojos extrañamente claros.

La vislumbre de la tarde poníase como dolorosa de limpidez en el silencio formidable del monte.

Así corrieron tres años.

Pero, ni tan largo padecimiento, consiguió alterar la firmeza, por cierto marmórea, de la hermosura serrana.

Al contrario, ennoblecida por la pena, esclarecíase más nítida su palidez: su mirada azul era más líquida y más honda. La exaltación del dominio que ejercía sobre el alma siniestra, comunicábale, aunque involuntaria, una especie de resplandor, como la llama infernal transparente en rosa el ala intacta del serafín.

La devastación era, en cambio, profunda sobre el bandido.

Aborrascado, ahora, de pelo y barba, empezaba torvamente a encanecer. Sus ojos no eran más que dos agujeros lóbregos. Su boca descaecida, crispábase con angustia casi animal, de tanto morder, para enfrenarla, la sollozante desesperación. Abatíase, asolada de tempestad, la rugosa frente. Notábase un amago de oblicuidad en el tronco de su fuerza. Su rostro endurecíase en una especie de palo grosero, como rajado a tajo de hacha. Y ni la barba escondía, tan profundamente labrábanle ya la tez, aquellos surcos funestos con que socavan por dentro al varón las lágrimas no lloradas.

Las excursiones de la gavilla fueron haciéndose más frecuentes sin él. Conservaba, a no dudar, ante aquélla, el prestigio de su valor, pero tal vez ya no el de su energía.

Una de esas veces, en que habíase quedado con tres hombres tan sólo, bramó el

cerro al amanecer.

Los gauchos partieron, contando por cierto volver de día, puesto que dejaban sola a la prisionera; ya que le sería completamente imposible evadirse a la luz del sol, sin ser vista desde lejos.

El cerro bramó tres o cuatro veces más, hasta el mediodía, aunque no hubiese ningún indicio de tormenta. Señal de que andaban siempre forasteros en su macizo.

Comenzaba a ladear el sol, cuando Lucero apareció de repente, empapado por el cruce del arroyo a pie, solo, deshecho de aspecto y traje, tuerta en su mano casi por mitad la daga.

No intentó, siquiera, rearmarse, enderezando a la alcoba, donde entró por primera vez sin la habitual cortesía, para dejarse caer con desaliento en uno de los sillones.

Al descubrirse, un hilo de sangre brotó de entre sus cabellos, rodó por la sien, hasta cuajarse en hebra espesa sobre la barba.

—Faltó la vieja y me perdí—murmuró con amarga sonrisa—. Me han vencido. Van a llegar. Ya no importa. Lo único que anhelaba era verla antes de morir. Águeda, erguida junto al lecho, había palidecido con ansiedad mortal.

¡Van a llegar! ¿Quiénes?... ¿Ellos?...

Llenó en eso la guarida un feroz tumulto, pataleado por violentos caballos. Súbita polvareda envolvió al rancho, entre un choque de armas y espuelas.

Y en la puerta, al frente de apretado grupo que apuntaba con naranjeros y tercerolas, apareció el propio juez, cano del todo ya, pero siempre recio, inflexible, con su rudo ceño y su mandíbula de adobe.

Al darse de pronto con el salteador, contúvolos un instante la sorpresa.

Un instante, no mas...

Cuando, como alzada en un vuelo, la joven interpúsose, abiertos los brazos, delirantes los ojos, desgarrada en supremo grito la voz:

—¡No le tiren!

Fue como si detrás se hubiera hundido de golpe el mundo.

Y en el asombro de la situación que dominaba, alta en su blancura inmaterial, como un arcángel, añadió con dignidad sombría:

—He resuelto ser su mujer. ¿No lo ven como está, vencido, herido, acabado, viejo y solo? Todo lo ha perdido por mí: su cuerpo y su alma. No le quedo más que yo. Por mí se perdió. ¡Por quererme a mí como nadie ha querido nunca!

Pero, aquí, la tradición difiere.

Unos dicen que el ofendido padre ordenó tirar, abatiéndolos con la misma descarga. Que de su sangre, así unida, brotó la azucena roja, siempre solitaria, y raras veces vista entre los riscos más arduos del Champaquí.

Otros, que el amor logró triunfar del crimen y de la muerte.

Yo encontré una vez la azucena roja; pero creo, asimismo, en el amor triunfante.

Mejor es que lo decidas tú, lector amigo, en la generosidad de tu corazón...

Los gauchos partieron, contando por cierto volver de día, puesto que dejaban sola a la prisionera; ya que le sería completamente imposible evadirse a la luz del sol, sin ser vista desde lejos.

El cerro bramó tres o cuatro veces más, hasta el mediodía, aunque no hubiese ningún indicio de tormenta. Señal de que andaban siempre forasteros en su macizo.

Comenzaba a ladear el sol, cuando Lucero apareció de repente, empapado por el cruce del arroyo a pie, solo, deshecho de aspecto y traje, tuerta en su mano casi por mitad la

daga.

No intentó, siquiera, rearmarse, enderezando a la alcoba, donde entró por primera vez sin la habitual cortesía, para dejarse caer con desaliento en uno de los sillones.

Al descubrirse, un hilo de sangre brotó de entre sus cabellos, rodó por la sien, hasta cuajarse en hebra espesa sobre la barba

–Faltó la vieja y me perdí –murmuró con amarga sonrisa–. Me han vencido. Van a llegar. Ya no importa. Lo único que anhelaba era verla antes de morir. Águeda, erguida junto al lecho, había palidecido con ansiedad mortal.

¡Van a llegar! ¿Quiénes?... ¿Ellos?...

Llenó en eso la guarida un feroz tumulto, pataleado por violentos caballos. Súbita polvareda envolvió al rancho, entre un choque de armas y espuelas.

Y en la puerta, al frente de apretado grupo que apuntaba con naranjeros y tercerolas, apareció el propio juez, cano del todo ya, pero siempre recio, inflexible, con su rudo ceño y su mandíbula de adobe.

Al darse de pronto con el salteador, contúvolos un instante la sorpresa.

Un instante, no mas...

Cuando, como alzada en un vuelo, la joven interpúsose, abiertos los brazos, delirantes los ojos, desgarrada en supremo grito la voz:

–¡No le tiren!

Fue como si detrás se hubiera hundido de golpe el mundo.

Y en el asombro de la situación que dominaba, alta en su blancura inmaterial, como un arcángel, añadió con dignidad sombría:

–He resuelto ser su mujer. ¿No lo ven como está, vencido, herido, acabado, viejo y solo? Todo lo ha perdido por mí: su cuerpo y su alma. No le quedo más que yo. Por mí se perdió. ¡Por quererme a mí como nadie ha querido nunca!

Pero, aquí, la tradición difiere.

Unos dicen que el ofendido padre ordenó tirar, abatiéndolos con la misma descarga. Que de su sangre, así unida, brotó la azucena roja, siempre solitaria, y raras veces vista entre los riscos más arduos del Champaquí.

Otros, que el amor logró triunfar del crimen y de la muerte.

Yo encontré una vez la azucena roja; pero creo, asimismo, en el amor triunfante.

Mejor es que lo decidas tú, lector amigo, en la generosidad de tu corazón...

El puñal

I

Nunca como aquella mañana, había dado mejor fruto mi laboriosa soledad.

Acababa, efectivamente, de hallar por mis propios medios la palabra secreta de los iniciados drusos, el imperativo anagrama de la convocatoria, con que pretendían llamarse por influencia mental, a despecho de la distancia y de los obstáculos –verdadera llave de oro de su formidable hermandad– los discípulos del Viejo de la Montaña.

Nadie ignora la existencia misteriosa, si no es mejor dicho obscura hasta lo legendario, de aquella Orden de los Asesinos, que durante los siglos XI a XIII aterrorizó el Oriente musulmán, imponiéndose a los propios cruzados, hasta engendrar entre ellos mismos la hermandad filial de los Templarios, no menos enigmática para la historia de la cristiandad.

Difíciles estudios sobre su carácter sombríamente romántico, y sobre su fundador, el Viejo de la Montaña, acababan de llevarme a ese resultado más quimérico que histórico, pero, por lo mismo, más interesante para un poeta. Precisamente, el Viejo de la Montaña fue condiscípulo del famoso bardo persa Omar Khayam...

Fruto, pues, de una empeñosa labor, no exenta de peligros, según me lo advirtiera como al pasar el egipcio Mansur bey, cuando me refirió la historia que titulé "Los ojos de la reina", creo inútil añadir cuán profundo era mi contento.

Peligros, dije, ya que toda exploración del misterio los comporta, aun cuando sólo sean ellos la intranquilidad del alma o la excesiva tensión del raciocinio, fuera del también posible influjo eventual sobre fuerzas desconocidas. Así el descubridor de la pólvora cayó víctima de su propio invento, y Riemann, el matemático genial del espacio esférico, dio en el abismo de la locura.

En aquel estudio habíanse aunado, por otra parte, la tendencia a las investigaciones cuyo absoluto desinterés constituye un lujo negativo –o sea la inutilidad espléndida que una mente productiva se costea con lo que deja de ganar– y esa especie de amor a la aventura que pudiéramos llamar la provocación del destino... Apresúrome a advertir que este autoanálisis, ya concluido por lo demás, explicará de suyo ciertas dificultades inherentes al relato.

No intento desaparecer en éste, con la impersonalidad narrativa cuya eficacia reconozco, porque no se trata, a la verdad, de una novela, sino de una historia.

Fatalista por temperamento y por experiencia, violé sin recelo la conocida prescripción de no pronunciar al azar las palabras secretas, que un descuido fonético puede volver contra el propio locutor, ensayando muchas veces el posible sonido de la que había descubierto: voz de curiosa semejanza con el célebre monosílabo am de los teósofos hindúes. Pero nadie ignora que todas las hermandades ocultas del Oriente tienen puntos comunes de intersección.

En esto me hallaba, cuando, con gran sorpresa de mi parte, dada la estricta consigna de aislamiento que resguarda mi labor matinal, la mucama me anunció una visita.

–Pero, por Dios, Maggie –empecé con impaciencia–, no tengo dicho que...

–Sí, señor, lo he negado ya dos veces; pero se trata de un caballero que parece muy

afligido y que dice venir de parte del emir Arslán.

–¿Del emir? Eso es distinto –autoricé, no sin cierta extrañeza ante aquella insólita perturbación de mi disciplina que el prudente amigo conoce y respeta con estrictez de buen trabajador.

Algo serio, indudablemente –pensé todavía; y confiando en que el mudo reproche de mis carillas húmedas y mis libros abiertos abreviaría la visita importuna:

–Hágalo pasar aquí mismo –dije.

II

El desconocido, que representaba unos cuarenta y dos años, simpático de aspecto, elegante con sobriedad, vaciló ligeramente en la puerta.

Habíalo, quizá, desconcertado algún reflejo de contrariedad en mi semblante que me apresuré a componer por cortesía; y atribuyo a esta fugaz preocupación la idea confusa de haberle oído murmurar en árabe, mientras tomaba el asiento que le indiqué:

–Asáhu jairón! (más vale así).

Pero, acto continuo, su voz de franqueza varonil, bien que muy suave, alzóse para decirme en castellano, apenas turbado por leve guturación:

–Discúlpeme, señor, que haya invocado con abuso el nombre del emir, nuestro amigo. La verdad es que vengo por mi cuenta, o mejor dicho por la de usted. Pues, dado su conocimiento de la Santa Fidelidad, usted sabe perfectamente bien que se acude a un llamado suyo.

Y ante el ademán de asombro que no intenté reprimir:

–Pudo usted soñarlo anoche; pero esta mañana lo reiteraba despierto. Creí que algo lo amenazaba. Por esto insistí en ver a usted.

Sentí un estupor más cercano a la veneración que al miedo.

Efectivamente, la noción de la palabra secreta habíame venido al despertar, como esas lecciones que, de muchacho, abandona uno, para dormirse descorazonado, y que resulta haber aprendido durante el sueño.

El desconocido añadió con naturalidad:

–No es acierto casual, ni fruto de su estudiosa dedicación, por lo demás muy meritoria. Tiene que venir de más lejos, como usted mismo verá. Entretanto, permítame. Debe ser usted de raza española, sin mezcla. Por ahí se puede tener siempre algo de árabe. ¿Correspondió su nombre de pila al del santo que señalaba el almanaque el día de su nacimiento?

–No; fue una ocurrencia de mi madrina.

–Una ocurrencia es siempre una revelación. Así tuvo usted en su nombre la doble ele inicial que corresponde a su signo astronómico (los Gemelos, ¿no es cierto?) y repetida por contenido fonético, la influencia del León, que significa el imperio de la violencia en su destino.

–Confirmada –añadí, tendiéndole la palma de mi mano izquierda con voluble abandono de la jovialidad– por una doble señal de muerte violenta...

El desconocido echó una viva mirada sobre mi nítida red palmar.

–¡Y todavía con el signo del puñal en el valle de Saturno! Diablo, señor Lugones –agregó, riendo a su vez–, su caso podría ser inquietante.

–¿Por qué?– interrumpí–. Si es realmente la fatalidad, fuera inútil oponerse a lo inevitable.

Mi serenidad, turbada un instante, había vuelto, impulsándome a esa especie de contraofensiva sobre mi sorprendente interlocutor.

Sólo entonces pude reparar en algo no menos extraño:

¿Cómo era que estaba yo respondiendo sin fastidio a ese interrogatorio de impertinente singularidad?

La fisonomía de mi visitante bastaba para explicarlo. No aparentaba, he dicho, más de cuarenta y dos años, aunque era, sin duda, de mucho mayor edad; pero ésta, a su vez,

resultaba inapreciable.

Tratábase, evidentemente, de uno de esos dominadores del misterio cuya impresión queda indeleble en quien ha visto alguno, siquiera fuese al pasar.

Bajo el ondulante cabello, de intensa lobreguez, la frente erguía con serena pujanza, al par que luminosa de sensibilidad, como si se le transparentara en limpidez de alabastro el pensamiento, ya encendido con irresistible esplendor en sus ojos pardos, estriados de oro. La nariz, de rectitud casi griega, acentuaba con su línea segura la firmeza del rostro esculpido con enérgica enjutez. Quijadas y pómulos, en ajustado remache, perfilábanse bajo la fluida tranquilidad de la barba. Su largo rostro era todo expresión, definida con la tajante nitidez de la espada por el filo. Su faz, consumida por dentro al ardor de la llama espiritual, animábase con la requemadura entre metálica y coriácea de los pámpanos curtidos por el sol. Una nobleza serenísima aislábalo sin rigidez, dignificando la autoridad de la lenta mano que corría por la barba con un ademán de fluidez paralela.

Únicamente su boca manifestaba en la caída de las comisuras una amarga desolación de vencido. Pero ese rasgo alteraba la fisonomía entera con tanta pasión, que acto continuo infundióme una especie de dolorosa cordialidad. Por ahí era humano y próximo aquel hombre distante.

Distante, a fe, como si estuviera constantemente acercándose sin llegar, desde el fondo de un espejo.

III

–La fatalidad –dijo, refiriéndose a mis palabras con grave tristeza–, es lo que impulsa a implorar su socorro en favor de un inocente.

Y sin esperar respuesta:

–¿Cree usted justa, según sus estudios, la denominación de asesinos que dieron los cronistas occidentales a los miembros de la Santa Fidelidad?

–No, por cierto –respondí–. Es un equívoco bien conocido, sobre la voz árabe "hashishin", o tomador de "hashish", y el sistema criminal que se atribuía a los afiliados, por su siniestro título de "Caballeros del Puñal".

–¿Y sabe usted por qué tomaban el "hashish" y llevaban siempre un puñal consigo?

–Lo del puñal sí, lo del "hashish" no, a menos de aceptar la leyenda según la cual se embriagaba a los iniciados para darles una impresión anticipada del Paraíso, poniéndolos en la misma situación que al "dormido despierto" de las Mil y una Noches...

Mi visitante sonrió con desdén.

–¿Y el puñal? –dijo.

–El puñal, por resguardo contra las potencias hostiles de la sombra: un acero agudo, como los sikas de la India; y por necesidad patriótica, dado el carácter nacionalista de la hermandad.

–Ignoraba que hubiera usted penetrado tanto el secreto de la doctrina.

"¡Patriotismo desesperado, en efecto!

"No éramos más de cien mil para defender el Oriente fatimita contra la invasión de los cruzados, la reacción de los abasidas, tan poderosos en Bagdad, y la usurpación de los ayubitas, capitaneados por Saladino, nada menos: el vencedor de Ricardo Corazón de León.

"Impotentes ante el número, fuera de nuestros cerros fortificados, la defensa de la patria imponía la ejecución del puñal.

"Por esto no elegíamos sino las cabezas responsables.

"Reyes, sultanes, ministros enemigos: he ahí las víctimas de la Santa Fidelidad.

"Asesinos, tal vez, héroes siempre, mártires con frecuencia, no hubo afiliado que rehuyera el peligro ni cediera al tormento.

"Obligados a la ejecución de los poderosos en las ferias y ceremonias públicas, único medio de acercárseles, simulando el entusiasmo del admirador, la devoción del converso, la dedicación del criado, el adepto sabía que tras su puñalada justiciera, sobrevendría sin remisión su propia muerte.

"Ninguno rehuyó jamás su deber terrible.

"¿Y qué se les ofrecía en recompensa? Qué podía ofrecerles una orden proscripta a muerte por las potencias de la tierra; aislada en fortalezas que eran cerros desapacibles hasta para las águilas; abstinente del vino y de toda propiedad personal, fuera de las armas y del vestido puesto, y respetuosa de la mujer hasta la veneración...

"No hay musulmán, con serlo ellos tanto, que pueda, en esto último, comparárenos todavía. La mujer, aun adúltera, es sagrada para el druso.

"La leyenda del 'hashish', que anticipaba al iniciado la hartura sensual y los besos de las huríes, es, pues, absurda: juego de niños, inconcebible con aquellos bravos y aquellos sabios que hicieron de la primera gran logia, llamada Casa de la Sabiduría, una verdadera academia de ciencias, famosa en todo el Oriente.

"Escuela libre para el aprendizaje de todas las ciencias profanas, su renta anual

ascendía a doscientos cincuenta mil dinares de oro. ¡A principios del siglo XI, señor, cuando en la Europa bárbara no había rey que poseyera esa suma!"

—¿No era—inquirí con cierta pedantería impertinente—, aquella academia del Cairo cuyas sesiones presidían los califas, y cuyos mantos doctorales conservan hasta ahora las universidades inglesas?

—La de la banderola verde, la beca más antigua del mundo—confirmó mi visitante, sacando de su bolsillo una vieja cinta de ese color, sobre la cual descoloríanse letras de oro.

En aquel instante, una alborotada ráfaga de otoño entró impetuosa por la ventana inmediata a él.

Pero, con grande asombro mío, la cinta que colgaba de sus dedos permaneció inmóvil como un listón de madera. Acababa de verla desplegar, sin embargo, y mis papeles estremecíanse aún con el brusco soplo.

Supe, no obstante, contener mi sorpresa, mientras él proseguía, con naturalidad, arrollando el gallardete:

—La iniciación prescribía el "hashish" al entrar en el tercer grado, con el fin de poner al adepto en trance de recibir la comunicación de ciertos poderes ocultos.

"No era otro el objeto del 'kikeón' que tomaban los iniciados en los misterios de Eleusis; y los cristianos consagran con vino, que es también una bebida embriagadora. En el siglo II los acusaban de ebriedad mística, como a 'nuestros' hermanos novecientos años después."

¿De dónde me vino en ese momento la loca idea de que, no obstante su aspecto actual, aquel hombre había visto lo que narraba?

¿Fue su expresión remota, la seguridad de su palabra, el incidente singular de la banderola?...

No lo sé. Pero, aquel "nuestros hermanos" de su frase final habíame desagradado ciertamente; ya que, ni en equívoco verbal, conveníame el vínculo con los asesinos, por decirlo así, clásicos.

Empezaba a colegir, tarde quizá, la naturaleza del riesgo que Manzur bey me había advertido.

Mi interlocutor comprendió todo, acto continuo; y tras una mirada cuya intensidad me produjo la impresión de vago mareo del color escarlata, respondióme por simpatía mental:

—Saber la historia equivale a vivirla; ya que el tiempo es una ilusión de nuestra personalidad pasajera, como la fuga del paisaje ante el vehículo en marcha.

Y con el mismo tono de sonora profundidad:

—Lo que nos diferenció entre las hermandades secretas, con la única excepción de los Sikas hindúes, constituyendo a la vez nuestra fuerza y nuestra debilidad, fue que impusimos como condición para iniciar, la pureza de la sangre.

"Nadie puede obtener los grados si no es de padre y madre drusos, a excepción de ciertos casos rarísimos de autoiniciación, que revelan, por lo demás, afinidades desconocidas. Pero éstos no logran dar más que con algunas claves sueltas: el anagrama de la evocación, por ejemplo..."

"Es que sólo así—prosiguió— se alcanza la unidad infalible, por el renacimiento de las mismas almas, durante miles de años, en la misma comunidad; pues en la reencarnación hay también cruzamientos y bastardías.

"Pero, del propio modo, redujémosnos al puñado que somos hoy.

"Es la perfección de la nobleza, que impuso, y no por orgullo, ciertamente, el Viejo

de la Montaña, aquel estupendo Hasán Sabah, quien, más poderoso que los reyes, jamás usó título ni gozó de ningún halago en la austeridad salvaje de su castillo montañés, cuyo mismo nombre era un símbolo: Al-Móut, la muerte.

"Allá en su peñón de águila, sucumbe tras cuarenta años de dominio, sin más bienes que dos camisas de lienzo y un albornoz de pelo de dromedario, cara al cielo, sobre la roca desnuda."

IV

Cruzó nuevamente por mi espíritu la impresión clara de que oía a un testigo presencial. Y con ello acentuóse todavía la contradictoria impresión de tenerlo a la vez próximo y lejano.

–El nombre de asesinos que nos dieron invasores y usurpadores, fue, pues, tan calumnioso como la imputación de impiedad.

"Sabrá usted que el secreto final de nuestra doctrina enseña la igualdad de todas las religiones en un común propósito de moral práctica, y la revelación de Dios en cada alma, mediante la posesión de la bondad: Dios está en ti mismo.

"Así, el objeto supremo de la virtud es el hombre. El ejercicio de la fraternidad humana vale más que todas las prácticas rituales, inclusive la limosna y la castidad. La verdad es superior a la oración. El trabajo es la suprema dignidad de la vida.

"He aquí la herejía que nos imputaban los fanáticos cristianos y musulmanes.

"Consagrados únicamente a la defensa de la patria, éramos conformes a nuestra verdadera designación, los 'Fedavi': los sacrificados. Porque nuestro juramento de fidelidad comportaba la abnegación absoluta.

"De ahí nuestros colores: el blanco del sacrificio sin límites y el rojo de la propia sangre ofrecida, que así resulta la suprema generosidad.

"Esto es lo que aprendieron en nuestra iniciación, no cerrada entonces, aquellos cruzados que fueron después los Caballeros del Temple: los del manto blanco y la cruz escarlata.

"Así quedó el rastro en los apellidos y en los blasones de Europa que, como es sabido, tomó del Oriente estos emblemas.

"Los Sidney de Inglaterra llevan el nombre que dábamos en el primer grado de iniciación, al Viejo de la Montaña: 'Sidna', nuestro señor.

"El creciente de blasonar, con las puntas hacia arriba, que tomamos de Egipto, donde era el signo faraónico del poder, figura en el escudo de los Anglure de los Vosgos, y de los Lunones de Asturias, que, según creo, fueron sus antepasados... "

Mas, mi sonrisa de incredulidad ante aquella que me pareció socorrida mención heráldica, advirtióle la importancia que doy a tan fantásticas vanaglorias.

–Sea como quiera –añadió, titubeando ligeramente–, hubo muchas iniciaciones de templarios que la misma orden conservó secretas, sobre todo al agravarse su persecución. A esos verdaderos ejecutores pertenecieron los puñales que por rarísima excepción han llegado hasta nosotros, y cuyo tipo, llamado Nakkashal-Móut, cincelador de la muerte, no lo fabricaban sino los 'fedavis' de Asia.

"Así hallé éste que poseo en el tenducho de un judío de Angulema."

Pasóme cortésmente el arma, que examiné con interés.

Era una hoja triangular, como de quince centímetros, tan tersa que allanaba su cuádruple ranura en la nitidez de un solo reflejo.

Pero, su impresionante mérito de pieza excepcional, estaba en la empuñadura de bronce.

La guarda representaba una lápida roída a medias por el tiempo, en cuya cara exterior el dueño europeo, probablemente, había grabado después con toscos rasgos las palabras ci-git (aquí yace), el cuadrado con punto central, símbolo de la sentencia, y una antorcha caída.

El puño era un esqueleto que, de pie sobre la losa, avanzaba con sesgo paso, echando hacia atrás el sudario sostenido por la mano izquierda sobre el descarnado esternón, mientras la derecha, caída al flanco, disimulaba en un pliegue del lienzo fúnebre el puñal pronto para herir.

La anatomía, de asombrosa perfección, llegaba hasta detallar en la obscura cavidad del tórax la columna vertebral, suelta en aquel hueco que atravesaba oblicuamente la luz por el vano de la garganta y por los espacios intercostales. Sacro, pelvis, huesos de la pierna que avanzaba al descubierto, brazos y manos, eran de la misma acabada cinceladura.

Bajo el desembozo del sudario, la calavera dilatada horrenda risa. Y el lienzo caía por detrás en largos pliegues de siniestra elegancia.

Mas, a pesar de tantas excavaduras y relieves, era notable la comodidad manual de aquel puño.

Sin perjudicar lo más mínimo al rigor anatómico y al desembarazo de la actitud, cada hueco de la figura afianzaba la posición natural de cada dedo, fuera directa o inversa la del puñal.

–¡Maravilloso! –exclamé.

–Y si usted fija con intensidad su mirada en la hoja –añadió el visitante– y piensa sin discrepar en una persona ausente, no tardará en verla cual si estuviese a su lado.

–Como en los espejos negros –afirmé, recordando las esferas de esmalte oscuro que usan con dicho fin chinos y japoneses.

–Efectivamente –afirmó mi interlocutor.

No me representaba, pues, aquello mayor curiosidad; pero era naturalísimo que, desde luego, quisiera mirarlo a él.

Entonces noté con asombro que, precisamente, al fijar mis ojos en el puñal, su figura desaparecía. La hoja no lo reflejaba en su inalterada limpidez.

Para recobrarle sin hacérselo notar, evoqué la figura de un amigo cualquiera, que se presentó, como esperaba. Mas, él, tomándome ya el arma con delicadeza:

–Érame indispensable –prosiguió– conocer su opinión sobre los asesinos". De otra suerte no me arriesgaría al encargo que me propongo dejarle. Habríame limitado a impedir las consecuencias de un descubrimiento que sólo tiene por fin la curiosidad.

La fría decisión de su acento comportaba de tal modo una amenaza, que, sin dejar de alarmarse profundamente, sublevó mi indignación.

Pero todo reproche murió al instante en mis labios.

El semblante del desconocido habíase demudado con angustia mortal. Su visible dolor hallábase tan lejos de la ofensa, que cualquier sospecha hostil transformábase en compasión.

Y con voz más cercana y más sorda:

–Sepa usted –dijo–, que nuestra veneración por la mujer, proviene de atribuirle como causa fatal toda la dicha y toda la desventura.

"No en vano procedemos de Fátima la Perfecta, la hija bendita del Profeta.

"Por eso estamos bajo la potestad de la Mujer, que, ángel o demonio, es la puerta del Paraíso y del Infierno.

"Y por ella es que somos, entre todos, los Caballeros de la Belleza y del Dolor.

"Ha pasado al romance popular comunicado por los árabes de España, la antigua verdad de que, para el perfecto caballero, amar es morir.

"Por esto, sólo alcanza la inmortalidad aquel que domina el amor de la mujer

"Alguno, quizá, ¡cada cien años!

"Salomón poseyó toda la sabiduría, y no lo pudo.

"Los ángeles cayeron por el amor de la mujer, y los dioses de compasión encarnan en la delicia de su seno.

"En ella está el secreto de todo heroísmo y de toda gloria.

"Así nacieron la Santa Fidelidad de los 'fedavis', aquellos sacrificados de la bravura sin límites, y la dinastía fatimita que en la persona de Abu Famin dio al Islam el más glorioso de sus califas."

Cruzó el rostro de mi visitante una especie de sombrío relámpago, casi al punto apagado en el decaimiento de la desolación:

–Fue una tarde, junto al Pozo de la Gacela, entre el Líbano y Damasco.

"Una doncella drusa, según lo reconocí por la graciosa embozadura de medio ojo que cubría su faz, daba de beber a una yegua alazana. Magnífico animal, en cuyo cuadril derecho advertí la misma marca de mi caballo: el kiffeh o palo coronado por un círculo, con que señalan los Beni Rashid de Arabia.

"Por ahí entré en conversación con la joven.

"Al reconocer en mí un sheik blanco, es decir, un iniciado, habíame ella contestado respetuosamente el saludo, aunque mirándome de frente, con la serenidad de la verdadera nobleza.

"Una luz celestial, esa claridad interior que es tan raro ver salir a la mirada, llenó su grande ojo azul entre las pestañas sombrías.

"La gente común ve con la luz que le entra por los ojos. Pero la condición de iluminar sólo la posee la pupila del ángel.

"En la limpidez del cielo crepuscular reinaba, cándida, la soledad de la luna.

"Llegaba esa hora suprema de comunicación con las almas y las cosas, que podría llamarse el éxtasis del desierto.

"Sonrosábase la tierra como una mejilla, y el cielo palidecía como una frente.

"Había en el silencio de la inmensidad una inmediatez de presencia.

"La quietud sensibilizábase en una infinita sutilidad de cristal.

"El Grande Aliento del mundo levantábase en la fragancia de la tarde.

"Un pájaro oscuro llegó a la palmera del pozo –y fue entonces cuando se quebró en la eternidad la línea de mi destino.

"Adquirí de golpe, con abismante lucidez, la certidumbre de mi caída.

"Era mi día que llegaba en los siglos.

"Revelábase ante mí aquel misterio que hacía temblar a los profetas: la presencia del ángel.

"El ángel que todo hombre tiene escrito en su suerte, pero que con frecuencia no puede hallar sino a través de muchas vidas.

"Por esto son tan raros los casos de verdadero amor.

"Aquel ser presentábaseme bajo la forma de la mujer terrestre, que es la más terrible, porque necesariamente encarna la desventura.

"Y fue así como aquel día, someténdome al amor de la mujer, acepté la ley de la muerte.

"Mi primer paso al abismo fue el ansia incontenible de ver su rostro, que satisface desmontando, con el pretexto de abreviar también mi cabalgadura, pero, en realidad, con el objeto de interponerla, para mirar al disimulo la hoja de mi puñal.

"El rostro apareció, divino de belleza en su ternura juvenil.

"No son raros en nuestra raza los ojos azules y los cabellos blondos.

"Mas, si las pupilas de aquella criatura semejabán dos grandes gotas de cielo, su cabello era del castaño más hermoso: de ese matiz sombrío, tostado por reflejos de cobre, que daba un encanto ya oriental a las mujeres de Bizancio y de Sicilia.

"El perfil delicado y la boca graciosa acentuaban la impresión angelical.

"Trazaba el óvalo del rostro esa línea de belleza que sólo conservan las razas puras, y que es inconfundible rasgo de superioridad para el artista.

"En el abandono de la actitud con que, aflojando el cabestro, esperaba que el animal acabara de beber, su cabeza inclinábase con esa pensativa naturalidad de flor, que es, quizá, la gracia más irresistible de la doncella.

"Lánguida dulzura que el azul crepuscular teñía vagamente, como encarnando en un lirio.

"Pero, en la frente clarísima, en el entrecejo ancho de inteligencia, en la vibrante sensibilidad de su gracia, ennobleciábase con ingenua altivez aquella estirpe del Líbano, más antigua que los cedros de Salomón; aquella raza heroica, que arranca sus propias quejas de amor, tañendo el laúd con la pluma de las águilas.

"Su nombre, sacado por el horóscopo, era Nur: Claridad; pero ella ignoraba el decreto de los astros. Sus padres, conforme súpelo después, habíanlo callado para no afligirla o envanecerla, pues le predecía la tragedia y la gloria.

"¡La tragedia!

"Tengo motivo para creer que está en vinculación con mi destino; pero la gloria es el misterio que debo callar, porque aceptando la fatalidad del amor me rendí al peligro de muerte.

"Es esto lo que me obliga a implorar su ayuda.

"A objeto de asegurar la tranquilidad de aquella alma cuanto fuera posible, me expatrié, sabiendo, no obstante, que la fatalidad, ya desencadenada, volvería a ponerla en mi camino. Las líneas fundamentales de su mano son iguales a las de la mía, lo cual indica en nuestro destino el imperio de la misma estrella.

"La fatalidad se ha cumplido. Nur está aquí.

"Ha llegado en compañía de una señora armenia, buscando a su hermano, único deudo que le dejó la pasada guerra contra Turquía.

"Pero, al saberlo, algunos compatriotas residentes acá decidieron impedir que una de nuestras mujeres –por primera vez en mil años, ¡señor!– comprometiera la parte que le toca en el destino de su raza, abandonando el país natal, y descubriendo su rostro a los extranjeros.

"Nunca imaginaría usted lo que esto significa para la sangre de águila de esos montañeses de los cedros. Figúrese que dos ancianos modestos comerciantes que apenas levantan cabeza aquí, dispónense a abandonarlo todo para escoltar el regreso de Nur.

"Pues el dilema está planteado: o retorna en el mismo buque, o le aplicarán la ley del puñal.

"Mi situación de 'caído' impídeme evitarlo. Apenas, si regresa, podré acompañarla oculto en la misma nave, para no ser visto a mi vez por los dos ancianos que llevaría de escolta.

"Pues, para salvarle así la vida, deberé arriesgar la mía definitivamente, sea arrastrándola a la fatalidad de mi amor, si éste, más fuerte que yo, me hunde en el crimen, hasta ahora evitado, sea combatiendo por la libertad del Oriente con los últimos 'fedavis' que encabezan al sublevado Afganistán... "

–¿Y en qué forma cree usted que yo?... –interrumpí, subyugado por su gravedad dolorosa.

–La vieja sangre de las águilas habla en Nur, que no quiere volver.

"Solamente obedecería al emir Arslán, quien, no obstante su voluntario destierro, es el jefe de nuestra nación."

–¿Y por qué, entonces, no se lo pide usted mismo?

–Porque el emir no me conoce, a causa de que no es iniciado, ni puede serlo. Jefe de los drusos por la línea paterna, su madre, aunque de antigua nobleza arábica, emparentada con el mismo Profeta, no era drusa.

"Suplícole que no pierda tiempo, pues el buque debe zarpar mañana. Si no pudiera ver en persona al emir, me atrevería a indicarle, con mil perdones por mi audacia, este borrador de una carta eficaz."

VI

Puse mis ojos en el papel que me alargaba.

Era una carta de súplica humanitaria, dada la gravedad del asunto, ante la solicitud de cierto amigo que deseaba permanecer incógnito.

Mientras leíala despacio, por lo curioso de la solicitud y lo delicado de la intervención que se me pedía, mi visitante agregaba con un tono cada vez más opaco:

–Si muero peleando allá en la frontera afgana, recibirá usted por recuerdo y por gratitud el puñal que ha visto, y quizá un mandato.

Alcé vivamente el rostro para protestar contra esa arbitraria complicación. Pero la sorpresa me clavó en el asiento.

Mi interlocutor había desaparecido.

Desaparecido como un fantasma, sea dicho sin pretensión de evitar la vulgaridad novelesca.

No sabría ni quiero sortear el escollo, deformando o aderezando literariamente las cosas, ante la prevista incredulidad del lector.

Añadiré, para referirlo todo, sencillamente, sin abrigar la pretensión de que se me crea, pues en este caso habría compuesto –cosa fácil, por lo demás– un relato verosímil, que acto continuo me lancé a la puerta de calle, infructuosamente, como era de esperar.

Pero, después del almuerzo, recobrada ya del todo mi tranquilidad, llamé a la mucama:

–Vea, Maggie, el caballero que vino esta mañana... –empecé.

Mas, ella enmendó, comedida, lo que, seguramente, parecióle una distracción de mi parte:

–Sí, señor; el mensajero que trajo la carta a la puerta. Añadí cualquier vaga recomendación para salvar el asombroso trance y quedarme, cuanto antes, solo.

No había existido, pues, visita alguna para la propia introductora del visitante.

Pero el borrador, verdadero certificado, a fe mía, estaba allí con todas sus letras.

Escribí al emir, sin embargo, en los mismos términos, que a pesar de una resistencia angustiada hasta la humillación resultáronme indispensables, y supe poco después, por él mismo, que la joven drusa navegaba hacia Beirut.

¿Qué sería del fantástico "fedavi"?

¿Habría consumado en el desamparo de la alta mar su tragedia de "asesino"?

¿Peleaba como los afiliados de otra época, en las tierras del remoto Afganistán?

¿No era todo aquello una ilusión de mi mente, extraviada por la tentación de las "ciencias malditas"?

¿Un sueño, quizá? ¿El diálogo con una sombra?...

VII

Algún tiempo después, una serena noche palpitada de estrellas y de brisa fragante, alguien ejecutaba, en el devoto recogimiento del salón familiar, una sonata de Beethoven.

Mecíanos la onda musical en esa celeste melancolía del perfecto amor, más divino, acaso, porque no ha de durar, cuando tras un fortísimo atacado con potente brío, parecióme oír que caía un objeto tras del piano.

Nada se movió, por cierto; pero, concluido el trozo, el ejecutante observó:

–He creído oír que algo caía mientras tocaba.

–No será nada – dije–. Algún cenicero puesto ahí por descuido.

Mas, cuando el salón quedó desierto, retiré el piano con viva inquietud.

No me había engañado el presentimiento. Era el puñal. Lo curioso de esto, amable lector, es que el puñal existe en mi poder, como lo saben todos los amigos de mi casa.

Sólo que me llegó "muerto", es decir, con la hoja enteramente despulida.

¿Por exceso de uso? ¿Por pérdida de su mágica propiedad?

El caso es que nada refleja su acero gris, salpicado por unas cuantas manchas rojizas.

Francesca

Conocílo en Forli, adonde había ido para visitar el famoso salón municipal decorado por Rafael.

Era un estudiante italiano, perfecto en su género. La conversación sobrevino a propósito de un dato sobre horarios de ferrocarril que le di para trasladarme a Rimini, la estación inmediata; pues en mi programa de joven viajero, entraba, naturalmente, una visita a la patria de Francesca.

Con la más exquisita cortesía, pero también con una franqueza encomiable, me declaró que era pobre y me ofreció en venta un documento –del cual nunca había querido desprenderse–, un pergamino del siglo XIII, en el cual pretendía darse la verdadera historia del célebre episodio. Ni por miseria ni por interés, habríase desprendido jamás del código; pero creía tener conmigo deberes "de confraternidad", y además le era simpático. Mi fervor por la antigua heroína, que él compartía con mayor fuego ciertamente, entraba también por mucho en la transacción.

Adquirí el palimpsesto sin gran entusiasmo, poco dado como soy a las investigaciones históricas; mas, apenas lo tuve en mi poder, cambié de tal modo a su respecto, que la hora escasa concedida en mi itinerario para salvar los cuarenta kilómetros medianeros entre Forli y Rimini, se transformó en una semana entera. Quiero decir que permanecí siete días en Forli.

La lectura del documento habría sido en extremo difícil sin la ayuda de mi amigo fortuito; pero éste se lo sabía de memoria, casi como una tradición de familia, pues pertenecía a la suya desde remota antigüedad.

Cuanta duda pudo caberme sobre la autenticidad de aquel pergamino, quedó desvanecida ante su minuciosa inspección. Esto fue lo que me tomó más tiempo.

El documento está en latín, caligrafiado con esas bellas y fuertes góticas tan características del siglo XIII, y que, no obstante un avanzado deterioro, son bastante legibles, gracias a la cabal individualización de cada letra en el encadenamiento de los renglones, y a la anchura de los espacios intermedios entre éstos. Hasta se halla legalizado por un *signum tabellionis*, ciertamente muy complicado con sus nueve lazadas, y perteneciente al notario Balzarino de Cervis. Su data es el 12 de junio de 1292.

Si descifrar las letras no era del todo fácil, la lectura del texto resultaba pesadísima, por las innumerables abreviaturas y signos convencionales que habrían hecho indispensable la colaboración de un paleógrafo, a no encontrarse allí su antiguo dueño como una clave tradicional; pero esas mismas abreviaturas y signos eran preciosos, por otra parte, como pruebas de autenticidad. Había entre ellos datos concluyentes. La o atravesada por una línea oblicua que baja de derecha a izquierda, significando cum, signo peculiar de los últimos años del siglo XIII, al comienzo del cual, así como en los anteriores y en los sucesivos, tuvo otras formas; el 2 coronado por una b a manera de exponente algebraico (2b) significando duabus y agregando con su presencia un dato más, puesto que las cifras arábigas no se generalizaron en Europa hasta el siglo XIII; el 7, representado por una A sin travesaño, como para marcar dicha transición; la palabra corpus abreviada en su primera sílaba y coronada por un 9 (cor9) y el vocablo fratibus abreviado en ftbz con una a superpuesta a la f y una i a la t; amén de diversos signos que omito. No quiero olvidar, sin embargo, las iniciales de la heroína, aquella F y aquella R tan características también en su parecido con

las PP manuscritas de nuestra caligrafía, salvo el travesaño que las corta.

Existen, además, en la margen del texto, a manera de apostilla, dos escudos: uno en forma de ancha almendra, característico también del siglo XIII, y el otro romboidal, es decir, blasón de dama, salvo excepciones rarísimas como las de algunos Visconti; pero los Visconti eran lombardos, y en la época de mi documento, recién conquistaban la soberanía milanesa. Además, los blasones en cuestión, se hallan acolados, lo que indica unión conyugal. Desgraciadamente, su campo no conserva sino partículas informes de las piezas y colores heráldicos.

Lo que dice el documento es imposible de traducir sin desventaja para el lector, pues su rudo latín perjudica desde luego el interés, con su retórica curial; sin contar la sequedad del concepto. Haré, en consecuencia, una traducción tan libre como me plazca, poniendo el original a disposición de los escrupulosos, con cuyo fin lo he depositado en nuestra Biblioteca Nacional donde puede verse a las horas de práctica.

Comienza en estos términos, que, como se verá, contradicen a Dante, a Boccaccio y al falso Boccaccio, quienes coinciden en afirmar la consumación del adulterio.

"Jamás hubo otra relación que una exaltada amistad entre Paolo y Francesca. Aun sus manos estuvieron exentas de culpa; y sus labios no tuvieron otra que la de estremecerse y palidecer en la dulce angustia de la pasión inconfesa."

El autor dice haber tenido esta confidencia del marido mismo, cuyo amigo afirma que fue.

Francesca tenía dieciséis años (la historia es conocida) cuando la desposaron con Giovanni Malatesta, como certificación de la paz concluida entre los Polentas de Ravena y los Malatesta de Rimini.

El esposo, contrahecho y feo, envió a su hermano Paolo para que se casara por poder suyo, no atreviéndose a presentarse en persona ante la joven, en previsión de un desengaño fatal y del rechazo consiguiente. Hallábase Francesca en una ventana del palacio solariego, cuando entró al patio de honor la cabalgata nupcial; y una dama de su séquito, equivocada también, o sobornada quizá por el futuro esposo, señalóle a Paolo como al que iba a ser su efectivo dueño.

De este error provino la tragedia.

Paolo era bello y joven; culto en letras, tanto como valeroso caballero; cortés hasta el rendimiento y alegre hasta la jovialidad; todo lo contrario de su hermano, cuya sombría astucia rayaba en crueldad, y cuya desgracia física había dado en el torvo pesimismo que es patrimonio de los contrahechos con talento.

La joven se desposó, así engañada; y conducida que fue al castillo conyugal, el esposo verdadero pasó con ella la primera noche sin dejarse ver, pues había entrado a la alcoba en la obscuridad.

Creía que, consumado el matrimonio, la altivez de la dama sería la mejor custodia de sus derechos de esposo, y no se equivocaba en ello, por cierto; pero el acto demuestra con claridad, así la violencia de sus pasiones, como el frío cálculo que en satisfacerlas ponía.

El desengaño del despertar fue horrible, como es fácil colegir, para la joven desposada; y tanto como engendró desprecio y odio hacia el tirano que así abusara de su buena fe virginal, acreció hasta el amor la simpatía que por el otro había empezado a nacer. Cuánta y cuán atroz diferencia, en efecto, entre la curiosa ansiedad del breve noviazgo, satisfecha hasta el deleite con la presentación del falso prometido; el regocijado orgullo del desposorio, bajo la pompa religiosa y el esplendor mundano que parejamente realzaban la

gallardía del caballero; y aquel despertar en los brazos del monstruo, cuya primera mirada de esposo aumentó ya con el ultraje de una desconfianza el cruel imperio de su fatalidad.

Uno, era todo recuerdos de dicha entrevista, de satisfacción juvenil, de belleza inmolada en ternuras; el otro, sólo tiranía del deber antipático, engaño innoble, fealdad cobarde.

No tenía más que un rasgo de grandeza, y era el miedo que inspiraba; miedo que en trailla con el deber, custodiaban su honra como dos mastines.

Francesca empezaba así a encontrar, en el fracaso de la dicha legítima, la dulzura prohibida del infierno.

En su torva primavera, que la rebelión de los cortos años no dejaba cubrirse con nieves de resignación, Paolo era el rayo de sol que recordaba, único, los marchitos pimpollos.

Alejado primero como un peligro, su discreción había vencido las desconfianzas, hasta sustituir con una fraternidad melancólica las repulsiones del mal fingido desdén.

Francesca en su misantropía que la inclinaba a la soledad, después de todo grande en el castillo, no estaba a gusto sino con él; pero sólo se veían a la luz del sol, en tácito convenio de no encontrarse por la noche. Giovanni, ocupado en estudios tácticos que –Dios nos libre– llenaban sus horas a medias con la magia, nada advertía al parecer; pero los jorobados son tan celosos como perversos; y él, sabiendo que los jóvenes se amaban, divertíase en verlos padecer. Aquel peligroso juego atraíalo como una emoción a la vez lancinante y deliciosa, por más que el fin estuviese previsto como una obra de su puñal.

Su horrendo beso cruzaba a veces, sugiriendo tentaciones, por entre aquella tortura de la dignidad y del amor, como un refinamiento del infierno; y eso llevaba diez años, esa perversidad, fortaleciéndose de tiempo y de sombra, como el vino.

Mientras se contuviesen, sentíase vengado por la tortura de su continencia; en caso contrario, era la muerte fatal, aquella muerte caina que el canto V del poeta rememora, adjetivándola con el nombre del círculo infernal mencionado por el XXXII, como para mejor expresar su amargura única en lo anómalo del epíteto. Así habían pasado diez años.

Ultra heroísmos y deberes, el amor hizo al fin su obra. La misma sencillez de relaciones entre esposa y cuñado creó una intimidad aun crecida por la frecuencia de verse. Paolo se ingeniaba de todos modos para hacer a aquella juventud más llevadera su clausura en castillo tan lóbrego; y su exquisita cortesía, tanto como su grave ternura, derretían hasta las heces el corazón de aquella mujer, en quien los refinamientos todavía bizantinos de su ciudad natal habían profundizado sensibilidades.

No alcanzaba a perder en la ruda prueba su gusto por las sederías suntuosas, por las joyas y el marfil; y es de creer que en su dulce molicie entrara no poco el espíritu de aquel legendario malvasía, que consolaba la decadencia de los Andrónicos, sus contemporáneos, inmortalizando la ruda pequeñez de la helénica Monembasía. Magias de Bizancio, que el viento conducía a través del Adriático familiar; filtros de Bizancio diluidos en su sangre antigua; pompas de Bizancio, aún coetáneas en el lujo y en el arte, predisponíanla ciertamente al amor; a aquel amor más deseado en lo extremo de su crueldad.

Paolo era diestro en componer enigmas, que el gusto de la época había elevado a un puesto superior de literatura, empleándolos hasta en la correspondencia secreta y en las divisas del blasón. Su única falta consistía en usar, para los que componía a Francesca, el único doble tema de su hermosura y del amor.

Los primeros pasos fueron tímidos, disimulando la intención en la vaguedad. El pergamino recuerda uno de aquellos juegos, cuya solución consistente en una palabra que

tuviese sentido, recta o inversamente leída, daba la solución en legna angel.

Cita igualmente uno, al que llama "la cruz de amor", así dispuesto:

E C A T E
N E M E A
A M O R E

F U R I E
I M E N E

O este otro, en palabras angulares, que pueden ser leídas lo mismo de izquierda a derecha, que de arriba a abajo, y en el cual se precisa más el balbuceo del amor:

A M A I
M I M E
A M O R
I E R I

O este último, del mismo carácter, y que el documento llama un enigma en V.

A N I M E
A M A R O
C U O R E

Pero vengamos a la tragedia.

Habían llegado para Francesca los veintiséis años, la segunda primavera del amor, grave y ardorosa como un estío. Su decenio de padecer clamaba por una hora de dicha; y que es como el adiós amigo a la aturdida adolescencia; habíanla asaltado miedos de morir sin gustar una vez siquiera el ósculo redentor de toda su vida tan injustamente negra.

Aquel otoño habíalos fraternizado más, en largas lecturas que eran vidas de santos, sangrientas de heroísmos y singularizadas por geografías monstruosas; pero un día, aciago día, el malvado cuyos diez años de goce infernal exigían por fin el desenlace de la sangre, puso al alcance de sus penas la galante colección del Novellino.

¿Cuántas veces leyeron aquellas cien narraciones halladas por ahí, al azar, en una alacena? Quizá pocas, desde que tanto llegó a turbarlos la de Lanzarote del Lago.

Fue en el balcón que abría sobre el poniente la alcoba de la castellana, durante un crepúsculo cuya divina tenuidad rosa empezaba a espolvorear, como una tibia escarcha, la vislumbre de la luna. Desde aquel piso, que era el segundo, se dominaba todo el paisaje condensado como un borrón de tinta bajo la luz lunar. Las densas cortinas obligábanlos a unirse mucho para aprovechar el escaso vano abierto sobre el cielo. Juntos en el diván, el libro unía sus rodillas y aproximaba sus rostros hasta producir ese rozamiento de cabellos cuya vaguedad eléctrica inicia el vértigo de la tentación. Sus pies casi se tocaban, compartiendo el escabel. Sobre la inmensa chimenea, una licorera bizantina que acababa de regalarlos con el delicioso licor de Zara, despedía en la sombra de la habitación el florido aroma de las guindas de Dalmacia.

Ya no leían; y así pasaron muchas horas, con las manos tan heladas sobre el libro, que poco a poco se les fue congelando toda la carne. Sólo allá adentro, con grandes golpes sordos, los corazones seguían viviendo en una sombría intensidad de crimen. Y tantas horas

pasaron, que la luna acabó por bañarlos con su luz.

Galeoto fue el libro... –dice el poeta–. ¡Oh, no, Dios mío! Fue el astro.

Miráronse entonces; y lo que había en sus ojos no era delicia, sino dolor. Algo tan distante del beso, que en ello cabía la eternidad. El alma de la joven asomábase a sus ojos deshecha en llanto, como una blanca nube que se vuelve lluvia al fresco de la tarde. ¡Y aquellos ojos, oh, aquellos ojos negros como dos golondrinas de la Pasión, qué sacrificio de ternura abismaban en el heroísmo de su silencio! ¡Ay, vosotros los que sólo en la dicha habéis amado, envidiad la tortura de esos amantes que, en el crepúsculo llorado por las esquilas, gozaban, padeciendo de amor, toda la poesía de las tardes amorosas, difundida en penas de navegantes, de ausentes y sentimentales peregrinos, como en el canto VIII del Purgatorio:

*Era già l'ora che volge il disio
ai navicanti e 'ntenerisce il core
lo di c'han detto ai dolci amici addio;
e che lo novo peregrin d'amore
punge, s'è ode squilla di lontano
che paia il giorno pianger che si more.*

Pálidos hasta la muerte, la luna aguzaba todavía su palidez con una desoladora convicción de eternidad; y cuando el llanto desbordó en gotas vivas –lo único que vivía en ellos– sobre sus manos, comprendieron que las palabras, los besos, la posesión misma, eran nada como afirmación de amor, ante la dicha de haber llorado juntos. La luna seguía su obra, su obra de blancura y redención, más allá del deber y de la vida...

Una sombra emergió de la trasalcoba, manchó fugazmente el pavimento de losas blancas y negras, se escabulló por la puertecilla que daba acceso al piso, y por él a la torre. Era el enano del castillo.

Malatesta se hallaba en la torre por no sé qué consulta de astrología; pero todo lo abandonó, descendiendo la escalera interior hasta la planta donde estaba la alcoba de la castellana; aun debió correr para llegar a tiempo, pues era la pieza más distante de la torre.

El éxtasis duraba aún; pero los ojos, secos ahora, brillaban como astros de condenación con toda la ponzoña narcótica de la luna. Aquella palidez desencajada tenía el hielo inconmovible de la fatalidad; y una pureza absoluta como la muerte los aislaba en la excepción de la vida.

Materialmente, no habían pecado, pues ni a tocarse llegaron, ni a hablarse siquiera; pero el esposo vio en sus ojos el adulterio con tan vertiginosa claridad, con tal consentimiento de rebelión y de delito, que les partió el corazón sin vacilar un ápice. Y el pergamino le halla razón, a fe mía.

¿Una mariposa?

No podía dar yo a Alicia tantos detalles de las flores como ella me pedía, pero por fuertes razones. Así llevé la conversación hacia las mariposas. Ella me escuchaba muy atenta, y todos los pormenores de la vida de los insectos despertaban intensamente su atención. Las blancuzcas larvas, ingeniosas tejedoras, las misteriosas crisálidas, durmiendo en su sueño de rejuvenecimiento y de sombra, el despertar de las alas al amor del sol, como en un suspiro de luz... Cuando agostados ya mis conocimientos entomológicos, proponíame pasar a otro tema, ella, con la adorable impertinencia de sus trece años, dijo: –Hágame usted de eso un cuento.

Y yo preferí contarla una historia, en que, por cierto, hay también un amor más húmedo que de costumbres, y no por exceso de heliotropo.

La tarde en que partió Lila, se puso muy triste la casa de la abuela; y Alberto dio en pensar, mientras miraba llorar a la pobre vieja, que su traje negro era de luto por su padre y que su madre había muerto cuando él nació. Pasaron así, largos, muchos días de silencio extenuante. Alberto no hablaba a la abuela porque no sabía qué decirle, y la señora viendo al chico tan triste, no podía sino llorar más, comprendiendo que semejante tristeza es inconsolable. Porque ella sabía muy bien que los primos eran novios y que por lo tanto tenían que llorar mucho si eran novios de verdad.

Fue entonces que Alberto se hizo cazador de mariposas. Aprendió a manejar la red con delicadeza, a clasificar las lindas prisioneras, a colocarlas muy artísticamente en lucidas vitrinas, cada una en su alfiler, con las alas bien tendidas. Aquello le distraía, por más que ciertas veces, sobre todo en la tarde, cuando manchaban el cielo grandes colores desvanecidos y los árboles se vestían de silencio, llorase un poco todavía recordando estas palabras de Lila: «Si me olvidas, yo te recordaré de algún modo, tenlo seguro, que no he dejado de quererte.» Pero no lloraba mucho en verdad, y aun cada vez lloraba menos.

Poco a poco las mariposas llegaron a preocuparle por completo, y ya no tuvo otro cuidado que su colección, cada día más brillante y numerosa. La abuela, viéndolo contento, fomentaba aquella silenciosa y honda afición, y nunca tuvo Alberto que lamentar la falta de un alfiler o de una vitrina. Pronto Lila no fue para él sino un recuerdo; aunque la quería mucho, ya no experimentaba ninguna necesidad de llorar. Ahora pensaba: –¡Si viera mi colección!... Nada más pensaba. Verdad es que sólo tenía diez y siete años. Yo también tuve una novia a los diez y siete años, pero ella murió en mí entre una noche y una aurora. Así están hechas las cosas: para que haya en el mundo gentes tristes, y nada más.

Quedamos, pues, en que Alberto no lloraba ya por Lila. Además, sucedió algo que vino a interesarle sobremanera.

Una tarde paseaba con su red abierta bajo los tilos del jardín. El sol, como un cáliz volcado cuyo vino ardiente se derramaba en olas sangrientas sobre una tremenda pompa sacrílega, bajaba entre nubes gloriosas. Había silencio debajo los árboles. De repente, sobre una mata de juncos, Alberto percibió una mariposa de especie desconocida. Era blanca, pero tenía sobre las alas dos manchas como dos violetas. No recordaba él haber visto otra igual ni en las colecciones ni en los libros técnicos. Era verdaderamente una maravilla, un ejemplar completamente nuevo y es de suponer que desearía poseerlo. Entregóse a la cacería con pasión. Pero aquella mariposa era terriblemente sagaz, y siempre se colocaba fuera del alcance de la red, aunque no huía definitivamente de su vista. Y así pasó tarde, y

vino la noche, y Alberto se acostó muy contrariado, y soñó hasta el amanecer con una mariposa blanca que tenía dos manchas azules en las alas. Y al otro día, volvió a encontrarla en el mismo sitio, persiguiéndola otra vez infructuosamente y volviendo a soñar con ella. Por fin, el tercer día, después de una hora de carreras tan inútiles como las anteriores: –Si estuviera Lila, pensó, me ayudaría a tomarla y no sufriría así. Justamente entonces la mariposa vino a colocarse muy cerca de él, sobre una madreSelva. Arrojó la red y lanzó un grito de júbilo. ¡Estaba presa!

La abuela admiró mucho a su vez el hermoso insecto, que inmediatamente fue clavado en un largo alfiler, con las debidas precauciones para no ajar sus bellas alas.

Pero, ¡cosa extraña! Al otro día la mariposa amaneció viva, siempre palpitando dolorosamente, sin que los más poderosos tósigos consiguieran matarla. Y sucedió que, como agita-ba tanto las alas, éstas fueron perdiendo sus lindas escamillas, y a los seis días justos (¡que tanto duró el martirio de la pobre!) las alas eran sólo dos armazones descoloridas.

Entonces intercedió la abuela[,] y Alberto[,] que ya no tenía ningún interés en conservar aquel molesto animalucho, tan empeñado en no morir, consintió en desclavarlo de su alfiler y en dejarlo libre de irse donde quisiese. Y la mariposa, aunque algo trabajosamente, desapareció poco después en el viento.

–¿Y Lila? –preguntó Alicia con interés.

–La historia de Lila es muy corta y muy triste: al poco tiempo de entrar en el colegio, donde pronto se hizo notar por su docilidad y su tristeza, enfermó de melancolía. Nadie lo advirtió porque ella no se quejaba jamás. Únicamente había palidecido mucho y después de estudiar, lloraba. Parece que por la noche tenía sueños porque su compañera de habitación la oyó decir una vez al acostarse: –Cuando aquí es de noche en mi país es de día; mientras duermo, sueño que estoy allí y eso me consuela. Su palidez no inquietó porque con el cambio de clima y la separación de los suyos, era natural que estuviese un poco mala; y su silencio fue atribuido al desconocimiento casi completo que tenía de la lengua de Francia. Además, como el silencio era una virtud en los colegios de señoritas internas, eso le valió muy buenas clasificaciones de conducta.

Y así vivió Lila diez meses, hasta que una mañana la encontraron muerta en su camita blanca, advirtiendo que había muerto no por pálida y silenciosa que estaba, sino porque la cubría un frío muy grande, como si estuviera envuelta en luz de luna.

El médico no supo ciertamente descubrir su enfermedad, aunque la examinó muy detenidamente, encontrando apenas en el pecho y en la espalda de la niña muerta dos minúsculas picaduras rojas. Nada más se pudo averiguar y sobre su tumba pusieron lirios.

El balcón donde yo acababa de referir a Alicia la historia, había sido ya invadido por la noche. Sobre nuestras cabezas brillaban los siete mundos de Orión. El viento pasó diciendo algo que no era evidentemente para nosotros. Bruscamente comprendí que acababa de despertar un alma. ¿Con derecho? ¿No sabía perfectamente que la virginidad esfínev? nieve de lágrimas? Y buscaba sin resultado un epílogo Valgár que absorbiera la emoción de mi historia, cuando allí, muy cerca, Alicia, ya invisible, borrada por la noche:

–¿Y Alberto...? –dijo.

Una esperanza consoladora brilló en mi espíritu.

–¿Alberto?

–Alberto, sí, ¿qué hizo después?

Las estrellas, impasibles, miraban.

–Alberto continuó viviendo con la abuela, muy contento, aunque lamentando que su

colección hubiera perdido una mariposa.
—... ¿Una mariposa?...

Finamora

Finamora fue una negrilla muy graciosa y vivaz, que a los quince años tuvo una aventura de amor como puede tenerla cualquier señorita blanca, puesto que fue con un lindo muchacho rubio.

Esta aventura es lo que me propongo contar, para gloria de Finamora, convertida hoy en una venerable negra, cuyo aspecto sugiere bastante bien la idea de un cuervo filosófico que tuviese ojos de búho.

Por los tiempos de mi relato, los tales ojos eran magníficamente castaños, de un castaño casi dorado que encendía con una luz lenta y cálida de verdaderas estrellas de crepúsculo la noche de aquel rostro: pues si bien se mira, la metáfora estelar habitualmente aplicable a los ojos, es más exacta en los semblantes de las bellezas negras.

Bellezas negras, y no retiro la palabra, pues Finamora podía buenamente repetir como la amada salomónica del divino cantar: *nigra sum sed formosa*.

Y si no hermosa, bonita; como negra, se entiende. Tenía la piel finísima, las muñecas frágiles como una aristócrata, la cintura de típica flexibilidad, pies largos y angostos de *miss* y aquel fuego africano que la maduraba lánguidamente como la miel excesiva de un fruto tropical.

¡Ah glorias de la risa de Finamora sobre sus dientes alegres en que tecleaba la infantilidad golosa de un cachorro silvestre! ¡Ah brincos elásticos en que se azogaban muecas de tití mimado, prolongando ondulaciones, que eran casi una cola! Ágil y bonita, una aurora representada en una palabra, todo lo que puede contener de grato una jícara de café.

Era mucamita de la niña Laura, una joven y elegante persona, que si bien afectaba ante el mundo la más pasmada frialdad de virgen distinguida, resultaba un demonio de malicia y de gracia espontánea en la intimidad, siendo también mucho más linda así; pero dicha intimidad no existía sino para Finamora, por razones de casi divino desnivel, y para su hermano el niño Ricardo, un colegial apenas menor de un año que la señorita, bien que mucho más ingenuo.

El hermoso caballero, en emoción experimental de primera conquista, se había apoderado de Finamora que le correspondía amándole de todo corazón, sobre todo por aquella cabeza blonda cuyo encanto quimérico alteraba en ellas con angustias de sed, una temerosa puerilidad de servidumbres antiguas.

Guardaban de sus amores un secreto absoluto, que en Finamora venía del respeto complicado con el peligro inherente a las dichas increíbles, y en Ricardo era terror al ridículo de que su hermana le habría descubierto. La interesante Laura, ignoraba todo, sin embargo, a la perfección.

La mamá, aunque muy avizora e imponente como todas las viudas cuyo hijos varones entran en la adolescencia, concluía por no ver nada, a causa de tener los ojos eternamente abiertos. Y los besos de Finamora —sea dicho con la reserva de su negra ignominia— eran condenadamente buenos hasta lo insaciable en su gusto siempre incompleto, como granos de granada comidos uno a uno.

Las citas tenían lugar durante las noches hermosas de aquel amable verano, en el jardín que rodeaba la residencia ciertamente suntuosa de los señores.

Había inmediato a ella un lugar particularmente lóbrego en el centro de un ancho

enarenado: un enorme estanque antiguo rodeado y techado por dos docenas de grandes árboles. El jardín no tenía sino una puerta que los amantes, una vez dentro, desquiciaban un poco para que crujiera advirtiéndolos; y con esto, y con esperar las noches oscuras, todo peligro quedaba conjurado.

En aquel estanque solían bañarse y hasta nadar un poco, tan largo era, Laura y Finamora; y bien que ésta adorase a su señorita, nunca había podido evitar un movimiento de dolorosa envidia, cuando veía sumergirse en el agua aquel cuerpo tan blanco que parecía aclarar el cristal oscuro como con el reflejo de una brillante nube. Sólo el recuerdo de sus amores en aquel sitio conseguía disminuir aquella amargura.

Una noche de cita, pues, aunque había luna ésta salía muy tarde, los amantes –eterna peregrina– dejáronse sorprender por el astro.

Estaban en lo mejor de una despedida interminable, cuando de repente cayeron como otras tantas sentencias de juicio final, estas palabras desde el balcón de la señora:

–¿Qué haces ahí, Ricardo, a estas horas y con este rocío?

Ricardo daba la espalda al balcón, justamente en el único claro que dejaban dos árboles sobre aquel brazo del edificio, y un rayo de luna bañábale enteramente.

En cambio Finamora ya bajo la sombra de los gajos, no había sido vista como lo indicaba la pregunta de la señora. Así es que el muchacho, aunque con la voz muy demudada, pudo contestar:

–Estoy pescando anguilas, mamá. Sólo de noche salen.

–¿Anguilas? –repuso la voz espantable–.

¡Qué curioso! Nunca lo había oído. Aguarda que voy a ver.

–¡Con este rocío, mamá! –agregó el terror infinito por boca del enamorado.

–Estoy sin sueño esta noche y hace un calor espantoso; qué me va a suceder.

Y entonces la amenaza se volvió formidable.

Finamora debía huir, esto era evidente. ¿Pero cómo hacerlo por el enarenado que la luna bañaba ahora... ?

Entonces el buen amor hizo su acostumbrado milagro.

La negrilla miró un instante los árboles que aclarados también de luna no servían para escondites. Luego, en súbita resolución, despojó-se de sus dos únicas prendas, el batoncito de zaraza y la camisa, y tras un ahogado "Tome, niño, guarde", se escurrió como una anguila en las aguas oscuras hasta ganar el extremo opuesto del estanque.

En ese momento crujía la puerta.

–Habría jurado que veía otra persona contigo –dijo a poco la señora llegando al lado del muchacho.

Nadie sabe lo que éste contestó ni cómo pudo explicar satisfactoriamente la leyenda de las anguilas. Con su lengua paralizada y su corazón humillado hasta romperse bajo el bulto de tibieza, que le formaban las ropas de Finamora. Lo cierto es que muy luego convenía con mamá en que estaba muy húmedo, que lo de las anguilas debía de ser un cuento, y que era mejor recogerse.

¡Ah, cuando crujía otra vez la puerta, cómo se puso recién a temblar en el agua sombría el negro cuerpecito de Finamora, y cómo vio ésta de bien que nada debía envidiar a las carnes marmóreas de su señorita!

Ella habría sido descubierta sin remedio en esas tinieblas fluidas que la negrura de la enamorada mucamita no accidentaba lo más mínimo y que una excelente mata de berros había contribuido a espesar, ensanchando en mancha inverosímil la protuberancia de la cabeza lanosa. ¡Ah, Dios mío, qué bueno era ser negra, y cómo había estado

inquietándola duran-te su inmersión, un círculo que movía lenta-mente las aguas sin acabar jamás, en torno de su cuerpo!

Todo pasó así, sin otro sobresalto que una confidencia de Laura, la mañana siguiente, a Finamora que la calzaba:

–¿Sabes, Finamora? Ricardo ha descubierto anguilas en el estanque.

Fue una suerte que Laura usara el zapato tan estrecho, para atardarse en la tarea sin le-vantar la vista; pero Finamora se quedó siempre con la espina que la señorita había puesto en aquella frase de candor, quizá demasiado perfecta, una segunda intención

Dos ilustres lunáticos
o
La divergencia universal

Dramatis Personae:

H. (desconocido, al parecer escandinavo).

Q. (desconocido, al parecer español).

Andén desierto de una estación de ferrocarril, a las once de la noche. Luna llena al exterior. Silencio completo. Luz roja de semáforo a lo lejos. Bagajes confusamente amontonados por los rincones.

H. es un rubio bajo y lampiño, tirando a obeso, pero singularmente distinguido. Viste un desgarrado traje negro y sus zapatos de charol chillan mucho. Lleva un junco de puño orfebrado que hace jugar vertiginosamente entre los dedos. Fuma cigarrillos turcos que enciende uno sobre otro. Un tic le frunce a cada instante la comisura izquierda del labio y el ojo del mismo lado. Tiene las manos muy blancas; no da tres pasos sin mirarse las uñas. Camina lanzando miradas furtivas a los bagajes. De cuando en cuando vuélvese bruscamente, lanza un chillido de rata a la vacía penumbra, como si hubiese alguien allí; después prosigue su marcha, haciendo un nuevo molinete con el bastón.

Q. gallardea un talante alto y enjuto; una cara aguileña, puro hueso; hay en él algo a la vez de militar y de universitario. Su traje gris le sienta mal, es casi ridículo, pero no vulgar ni descuidado. Trátase a todas luces de una altiva miseria que se respeta. Este hace el efecto de la reserva leal, tanto como el otro causa una impresión de charlatán sospechoso. Van uno al lado del otro; pero se advierte que no conversan sino para matar el tiempo. Cuando llegue el tren, no tomarán el mismo coche. Tampoco se han visto nunca. Q. sabe que su interlocutor se llama H. porque al llegar traía en la mano una maleta con esta inicial. H. ha visto, por su parte, que el otro tiene su pañuelo marcado con una Q.

Escena I

H.-Parece que hay huelga general y que el servicio está enteramente interrumpido. No correrá un solo tren durante toda la semana.

Q.-Locura es, entonces, haber venido.

H.-Más locos son los obreros que se declararon en huelga. Los pobres diablos no saben historia. Ignoran que la primera huelga general fue la retirada del pueblo romano al Monte Aventino.

Q.-Los obreros hacen bien, en luchar por el triunfo de la justicia. Dos o tres mil años no son tiempo excesivo para conquistar tanto bien. Hércules llegó al confín de la tierra, buscando el Jardín de las Hespérides. Una montaña le estorbaba el paso, y poniendo sus manos en dos cerros, le abrió, dando entrada al mar, como se abre, trozándola por los cuernos, la cabeza cocida de un carnero.

H.-Bello lenguaje; pero no ignoráis que Hércules fue un personaje fabuloso.

Q.-Para los espíritus menguados, fue siempre fábula el ideal.

H. (Volviéndose bruscamente y saludando con su junquillo la sombra.) -No sé si lo

decís por mí, pero os advierto que no acostumbro co-mer carnero con los dedos. Vuestra metáfora me resulta un tanto brusca.

Q.-Aunque no me es desconocido el juego del tenedor en las mesas de los reyes, he gustado con más frecuencia la colación del pobre. Desde la baya del eremita al pan del trabajador, duro e ingrato como la gleba, mi paladar conoce bien el sabor de las Cuaresmas.

H.-Os aseguro que tenéis mal gusto. Por mi parte, compadezco, al desdichado, cierta-mente. Quiero la igualdad, pero en la higiene, en la cultura y en el bienestar: la igualdad ha-cia arriba. Mientras ello resulte un imposible, me quedo en mi superioridad. ¿Para qué nece-sitamos nuevas cruces, si un solo Cristo asu-mió todas las culpas del género humano?

Q.-Es condición de la virtud indignarse an-te la iniquidad, y correr a impedir-la o castigar-la, sin reparar en lo que ha de sobrevenir. ¡Po-bre de la justicia vilipendiada, si su socorro dependiera de un razonamiento irreprochable o del desarrollo de un teorema! En cuanto a mí, no deseo ni la igualdad, ni nuevas leyes, ni mejores filosofías. Solamente no puedo ver padecer al débil. Mi corazón se subleva y pon-go sin tasa al rescate de su felicidad, mi dolor y mi peligro. Poco importa que esto sea con la ley o contra la ley. La justicia es, con frecuen-cia, víctima de las leyes. Tampoco sabría dete-nerme ante el mismo absurdo. Pero cada monstruo que me abortara en fantasmagoría, cada empresa vana que consumiera mi esfuer-zo, fueran a la vez incentivos para empeñarme contra la amarga realidad. ¿Por qué halláis mal que luchen a costa de su hambre estos tra-bajadores? ¿No es el hambre un precio de ideal como la sangre y como el llanto?

H.-Poseéis una elocuencia prestigiosa que me habría arrebatado a los veinte años, cuan-do creía en los pájaros y en las doncellas.

Q.-Os estimaría que no dierais alcance despectivo a vuestras palabras sobre las don-cellas y los pájaros.

H.-De ningún modo. Los pájaros tienen el mismo paso (da una corridita ornitológica so-bre las puntas de los pies) que las doncellas; y las doncellas tienen tanto seso como los pája-ros. Pero vuelvo a nuestro tema. Los obreros nada lograrán con la violencia. Os advierto, entre paréntesis, que no soy propietario. Los obreros deben conformarse con las leyes; apro-vechar sus franquicias, elegir sus diputados, apoderarse del Parlamento, cometer algunas extravagancias para despistar a los ricos, como volverse ministros, por ejemplo, después apre-tarles -crac- el tragadero... si es que no prefieren tornarse ricos a su vez. Es un sis-tema.

Q.-Un sistema abominable. Parecéisme, a la verdad, un tanto socialista.

H.-No lo niego; pero a mi vez os he notado un poco anarquista.

Q.-No os ocultaré mis preferencias en tal sentido. Amé siempre al paladín; y no sé por qué anhelo de justicia desatentada, por qué anómalo coraje de combatir uno solo contra huestes enteras, por qué sombría generosidad de muerte inevitable, en la misma obra de la vida que otros gozarán mejor, sin perjuicio de seguir llamando crimen a la benéfica crueldad -hallo semejanzas profundas entre los caba-lleros de la espada y los de la bomba. Los gran-des justicieros que asumen en ellos mismos el duro lote del porvenir humano, son como esas abejas de otoño que amontonan a golpes de aguijón la comida futura de una prole que no han de ver. Matan para el bien de la vida que sienten germinar en su muerte próxima, ara-ñas y larvas: como quien dice tiranos e inúti-les, quizá inocentes, siempre detestables. Ellas carecen, entretanto, de boca; no pueden gustar siquiera una gota de miel. Sus únicos atributos son el amor y el aguijón. Su obra de porvenir finca en la muerte, que al

fin es el único cami-no de la inmortalidad.

H.- ¿Sois espiritualista?

Q.-En efecto; ¿y vos?

H.-Materialista. Dejé de creer en el alma, cuando me volví incrédulo del amor.
(Estremé-cese con violencia.)

Q.- ¿Tenéis frío?

H.-No, precisamente. Es una preocupación absurda, si queréis y me la causa aquel cofre antiguo. A la ida me parece un elefante y a la vuelta una ballena.

Q.- (Aparte.) Esta frase no me es descono-cida. (Alto.) Es mi cofre de viaje. Su color y su forma, tienen, en efecto, algo de paquider-mo.

H.-Hay cofres escandinavos que parecen cetáceos. (Vuelve a estremecerse.) Es singular cómo preocupan estas cosas. Estas cosas que uno adquiere en el comercio con los espectros. Notaréis que a veces, cuando voy a pronunciar tal o cual palabra, el ojo izquierdo se me mete por equivocación debajo de la nariz. Es una cu-riosa discordancia. El sonido de la erre me ha-ce vibrar las uñas. ¿Sabéis por qué chillan tan-to mis zapatos?

Q.-No, por cierto.

H. Es una moda húngara. La he adoptado para acordarme siempre de que debo poner los pies en el mismo medio de las baldosas, sin pi-sar jamás sus juntas. Manía que tiene, natu-ralmente, su nombre psicológico.

(Oyese a lo lejos el rebuzno de un asno.)

¡Ah el maldito jumento lunático! Creo que le arrancaría las orejas con gran placer, a pesar de su bondad específica.

Q. Yo amo a los asnos. Son pacientes y fie-les. Su rebuzno distante, en las noches claras, está lleno de poesía. Uno conocí, que por cierto valía el del Evangelio.

H. ¿Cabalgasteis en asno?

Q.-Oh, no. Quien lo hacía era un criado que tuve. Hombre excelente, pero erizado de adagios como un puerco espín de púas.

H. Yo nunca tuve criado fiel, ni creo que los haya. Criada, sí, hay una; pero es invisible: la Perfidia.

Q.-Diréis, más bien, fiera abominable.

H. Perfidia es el nombre de la voluptuosi-dad que produce el crimen.

(Cogiendo amistosamente el brazo de su in-terlocutor):

Hablabais de la bomba. La bomba es necia. Pregona su crimen como una mujerzuela bo-rracha. No es así como debe procederse.

Un día descubrí que os han torcido brutal e irremediamente la vida. Sentís que la san-gre se os cuaja de fatalidad, como se escarcha un pantano. No os queda ya más placer posible que la venganza. Ensayad, entonces, la de-mencia. Es el mejor salvoconducto. El loco lle-va consigo la ausencia. Al desalojarlo la razón, entre a habitarlo el olvido.

(Girando con rapidez y parando en cuarta un golpe imaginario.)

No será malo que procuréis hablar con algún espectro. Frecuentad las sesiones espi-ritistas; es hermoso y compatible con el materia-lismo. Os quedará la manía de silbar vivamen-te cuando vayáis de noche por sitios solitarios, y cierto frío intermitente en la espina dorsal.

Pero los espectros dan buenos consejos. Cono-cen la filosofía de la vida. Hablan como los pa-rientes fallecidos.

Poco a poco os vais sintiendo un tanto con-tradictorio. Cometéis extravagancias por

el placer de cometerlas. Ya habéis visto lo que me pasa. Mis zapatos chillones y mis molinetes, son estúpidos; pero muy agradables. Son también imperativos categóricos; formas de razonar un tanto diversas. Pero el imperio de la razón es tan efectivo en ellas como en la lógica de Aristóteles.

Luego, os entra el fastidio de todo lo que ama y de todo lo que vive. Una individualidad estúpida se desarrolla en vuestro ser. Habéis comenzado rompiendo espejos o manchando tapices con los pies llenos de lodo. Luego matáis fríamente de un pistoletazo en la oreja a vuestra yegua favorita. Luego queréis algo mejor. Ya estáis a punto. Causáis, entonces, algún mal irreparable a vuestra madre o a vuestra mujer.

Q.- ¡Caballero!

H.—¡Eh, qué diablos! Dejadme concluir. Habéis de saber que yo he amado. Amé a una muchacha rubia y poética; una especie de celestial aguamarina. Dábale por el canto y por la costura; no desdeñaba los deportes; pedaleaba gallardamente en bicicleta. A la verdad, era un tanto insípida, como la perdiz sin escabeche. Pero yo la quería con una pureza tan grande, que me helaba las manos. Gustábame pasar largas horas, recostada la cara en sus rodillas, mirando el horizonte que entonces queda a nivel con nuestras pupilas. Ella doblaba gentilmente la cabeza, con una domesticidad de prima que aun no sabe. Tenía la barbilla imperiosa; los ojos llenos de un azul juvenil e ignorante, cuando se los miraba bien abiertos; pero habitualmente entornábalos soñador desdén. La nariz con un ligerísimo respingo. La boca un tanto grande, pero todavía sin el más ligero desborde de ese carmín virginal que mancha los labios sabedores del amor, como el vino a la copa en que se ha bebido. Eran quizá un poco altos y flacos sus pómulos. Peinábase muy bien, con sólo dos ondas irregulares y flojas de su rubio cabello. Llevaba siempre descubierta la nuca, exagerando su desnudez con una inclinación de lectura. Ésta era toda su coquetería. No se distinguían sus senos bajo la blusa. Sus manos y sus pies eran más bien largos. La falda trotteuse dejaba adivinar sus piernas delgadas y altivas de nadadora. Pues la natación constituía su encanto. La natación con peligro de la vida. Prohibiéronse en vano. Iba al río con pretexto de coger violetas y ortigas para adornar su sombrero de sol.

Dejé de amarla cuando descubrí que pertenecía a la infame raza de las mujeres. No sé bien si murió o si se metió monja. Para ambas cosas tenía vocación. ¡Adiós, para siempre, no-via mía! (arrojando de un papirotazo su cigarrillo hasta el techo). ¿Pero no advertís, caballero, que hablamos un idioma desusado, con pronombres solemnes, como si fuéramos hombres de otros tiempos?...

Q. No sabría yo hablar de otro modo, bien que comprenda lo pretérito de este lenguaje; mas, úrgeme refutar vuestros errores respecto de la mujer. Téngola yo por corona de los días laboriosos que uno vive en la inclemencia del destino; sus vestidos son follaje de palmera en toda peregrinación; en toda ardua empresa, su amor es el jardín de la llegada. Si esposa, es fuente tranquila donde os miráis al beber, y cuya agua está eternamente al nivel de vuestra boca. Si doncella, es íntegra llama donde pueden encenderse cuantas otras queráis, sin que por esto se aminore.

También yo amé y amo a una beldad por todo concepto extraordinario. Baste decir que un solo aliento de su boca haría florecer en pleno invierno todos los rosales de Trebizonda. Si la mar no tuviera color, entra ella para bañarse en la mar, y volviérase ésta azul por duplicarse en firmamento para tal estrella. Su alma tiene la claridad del cristal en su pureza; el timbre en su fidelidad; el brillo en su inteligencia; la delicadeza en su sensibilidad; la naturaleza ígnea en su ternura, la apariencia de hielo en su discreción. Y no cristal como quiera, sino vaso veneciano que habría conquistado a fuerza de armas, para un

altar, el Emperador de Constantinopla.

H.-Si yo conociera una mujer así, es probable que también amara.

Q.—(Irguiéndose con jactancia.) ¿Creéis que yo la conozca o haya conocido? Si la amo, es porque nunca ojo mortal profanó su increíble hermosura.

H.-(Sofocando una buchada de risa.) Os felicito, caballero. He ahí un modo de entender el amor, que no estaba en mis libros. Mi filosofía respecto a las tórtolas, es, ahora, la de un gato goloso. Dejarlas volar o comerlas. (Mira de pronto al cielo, y notando que la luna está ya visible de aquel lado, hace una mueca de-sagradable.) Ahí tenéis a la luna, el astro de los amantes líricos. ¡La luna! ¡Qué inmensa bobería! Cada uno de sus cuartos me produce una jaqueca (increpándola): ¡Eh, imbécil solterona, bolsa de hiel, ripio clásico, ladradero de canes, hostia de botica, cara de feto! (Apretándose las sienas.) ¡Uf, qué dolorazo de cabeza!

Q.-Mi alma se llena de poesía con la luna, como el agua de una alberca que fue sombría entre abetos. A ella debo mis más ilustres inspiraciones. Años llevo de contemplarla, siempre propicia a mi amor. Para mí representa la lámpara de la fidelidad.

H.-Hembra es, y como tal, bribona sin remedio.

Q.-(Poniéndose muy grave.) Caballero, la luna me filtra en el cerebro fermento de mil hazañas. Vuestros propósitos sobre la mujer, son ciertamente intolerables; y no más que por reducirlos a la decisión de las armas, os digo que tomo a la luna por doncella desamparada, y que no permitiré a su respecto ninguna insolencia.

H.-(Encogiéndose con un tiritamiento enfermizo.) No desconoceréis, caballero, que os he tolerado a mi vez muchas impertinencias.

La medida está colmada. La luna es una calabaza vacía y nada más. Sé bien que quien escupe al cielo, cáele la saliva en la cara. Pero tengo la boca llena como un mamón que echa los dientes, y veo allá un cartel que dice: "Es prohibido escupir en el suelo". (¡Qué gramática!) Así, pues, oh luna, buena pieza, toma (escupe hacia la luna) toma (escupe nuevamente) toma (escupe por tercera vez).

Q.-(Sacando su tarjeta.) Mis señas, caballero.

H.-(Haciendo lo propio.) Caballero, las mías.

Q.-(Mirando la cartulina con asombro.) ¡El Príncipe Hamlet!

H.-(Leyendo con interés.) ¡Alonso Quijano!

Escena II

Don Quijote, alzando los ojos hacia su interlocutor, advierte que ha desaparecido.

Hamlet, buscando con una mirada a don Quijote, nota que ya no está.

El lector se da cuenta, a su vez de que Don Quijote y Hamlet han desaparecido.

From the same author on Feedbooks

El ángel de la sombra (2010)
Narrativa modernista

Las fuerzas extrañas (2010)
Narrativa modernista

